BOLSILIBROS BRUGUERA

CIENCIA FICCION

SERIE la conquista DEL ESPACIO

LAS MUÑECAS ROBIONICAS

RALPH BARBY

CIENCIA FICCION



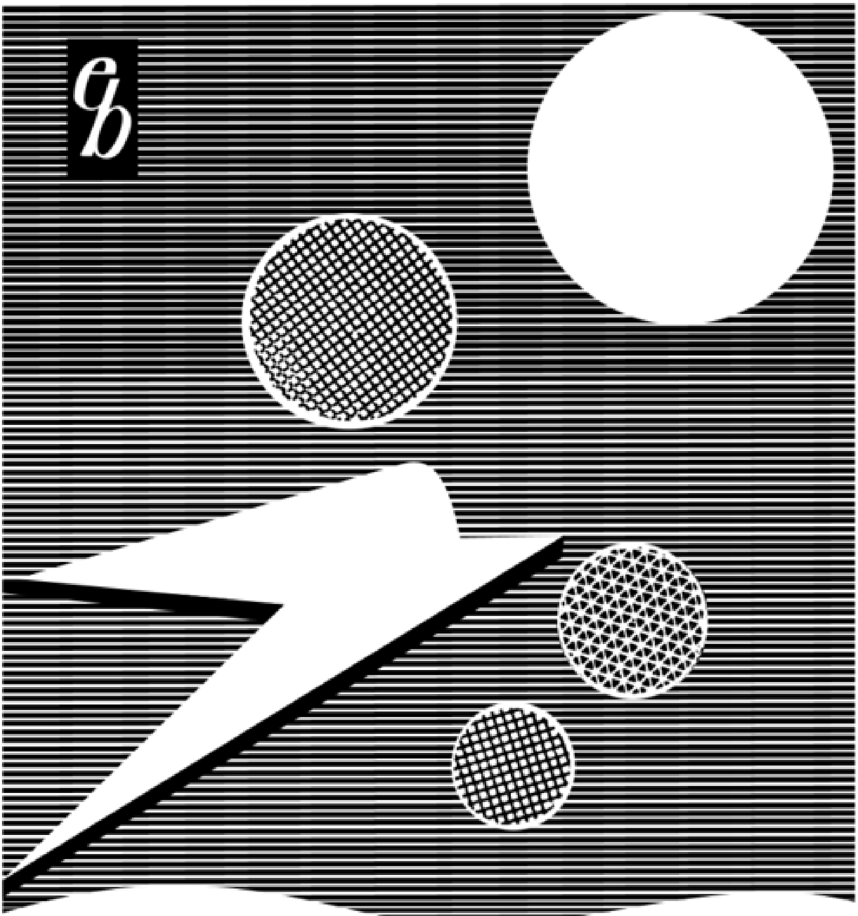
BOLSILIBROS BRUGUERA
CIENCIA FICCION
SERIE
la conquista DEL ESPACIO

LAS MUÑECAS ROBIONICAS

RALPH BARBY

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

235— *Después de la invasión.* Marcus Sidéreo.

236— *Los bicéfalos.* Glenn Parrish.

237— *Skyíab 2005.* Curtis Garland.

238— *Reyes del espacio.* Clark Carrados.

239— *Enviado de los dioses.* Curtis Garland.

RALPH BARBY

LAS MUÑECAS ROBIONICAS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 240 Publicación semanal

Aparece los VIERNES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84.02-02525.0

Depósito legal: B. 55.832 · 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: marzo, 1975

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

CAPITULO PRIMERO

La nave Ultra-Inter-Planetaria 1.001 de combate, procedente del planeta Marte, acababa de rozar tangencialmente la órbita lunar sin dejarse atrapar por ella, y tenía la proa encarada hacia la Tierra que aparecía frente a los ojos del experto astronauta capitán Adam B. Zinnerman.

Las pupilas grises, heladas como el más gélido y endurecido glaciar marciano, se habían fijado en la pantalla del teledetector.

Podía ver claramente la masa azulada del planeta madre de todos los terrestres. Frunció el ceño. Allí había algo, algo pequeño como una mota casi imperceptible de polvo que enturbiaba la imagen.

Su intuición jamás le había fallado y en aquella ocasión tuvo el presentimiento de que iba a corresponderle jugar la partida más desagradable de su vida, posiblemente la última.

¿Cuántos compañeros bravos, expertos y temerarios tripulantes de las naves de combate Ultra-Inter-Planetaria habían caído ya, desintegrados entre la ionosfera y la estratosfera terrestre?

Al principio, se habían dado a la publicidad los nombres de los caídos en combate, es decir, materialmente desintegrados, convertidos en energía.

Más como la lista se había ido haciendo terriblemente larga, una reunión del Comité Mundi-Federal había adoptado el acuerdo secreto de silenciar los nombres de los astronautas de combate que sucumbían ante aquel enemigo experto y poderoso que aniquilaba a los astronautas terrestres y seguía invicto.

Se había tomado esta medida para no provocar la histeria colectiva en el planeta Tierra, pero los extraños intrusos seguían allí, aunque no se sabía dónde. Aparecían sorpresivamente, destruían la nave terrestre y volvían a desaparecer.

De cuando en cuando, algún oficial en algún aeropuerto o una pareja de enamorados tendidos sobre la hierba de algún parque forestal, un santuario de belleza virgen, observaban en el cielo una luz fugaz muy potente y, después, nada.

Los hombres de la Tierra ya se habían acostumbrado a aquellas súbitas imágenes en el firmamento; sin embargo, cada bola luminosa

que aparecía y desaparecía, era una nave terrestre menos, una nave destruida.

Adam B. Zinnerman lo sabía bien e incluso era consciente de que algunos compañeros suyos, ante la total inoperancia de las naves de combate más rápidas y potentes corno la Ultra-Inter-Planetaria 1.001, no habían renovado contrato para seguir sirviendo como astronautas de combate.

Era un suicidio seguir en aquellas condiciones y la más triste y desesperante de las resignaciones se había pintado en los rostros de los astronautas que se alejaban de la base Belic-Mundi-Astronauta.

Entre muchos de los colonos de la Luna había comenzado un desesperado regreso a la Tierra.

La Luna no había sido atacada por el momento, pero sí los convoyes de suministro. El agua y las primeras materias primas de subsistencia comenzaban a escasear, cotizándose a precios abusivos pese al férreo control que se trataba de implantar.

Todos temían que de un día a otro ya no llegara ningún convoy más de suministros desde la Tierra y la Luna se convertiría en la gran tumba para quienes quedaran atrapados en ella.

El capitán Zinnerman se colocó una pequeña tableta de fino tabaco rubio entre las muelas y comenzó a mascarla mientras gruñía algunas palabras que sólo él podía oír, ya que tenía desconectado el láser-comunicador.

—Si en su día le hubieran hecho caso al general Rommel, quizá las condiciones en este momento fueran otras. Posiblemente, la mezcla de ingenieros, físicos y químicos del Belic-Mundi-Federal ya habrían conseguido armas más eficaces y potentes con las que luchar contra el enemigo. Pero desestimaron los proyectos del general Rommel, quizá porque ostentaba el mismo apellido del ya casi mítico mariscal Rommel, el Zorro del Desierto, desaparecido un siglo atrás.

Zinnerman no se había preocupado lo más mínimo de averiguar si el general Rommel era descendiente o no del mariscal Rommel; sólo sabía de él que había sido un experto astronauta primero y luego un accidente lo había situado entre despachos, pero con tanta eficiencia que sólo hacía que pedir y pedir dinero para sufragar gastos de investigación.

Al principio lo habían apaciguado con buenas palabras. Después, lo habían frenado con dureza y finalmente lo habían mirado con

sonriente y burlón menosprecio, diciéndole hirientes:

—Pero, general Rommel, ¿acaso espera usted otra guerra? ¿Y contra quién? La Tierra ya se ha unificado en un Comité Mundi-Federal, algo jamás soñado. Ya no hay enemigos, general Rommel. ¿Contra quién pretende luchar usted?

—No se sabe —respondía él automáticamente, siempre ensimismado, pero arrogante—. El enemigo puede aparecer cuando menos se piensa y procedente del lugar más inesperado.

Sobre las espaldas del general Rommel habían ido gravitando los años y, de pronto, aparecieron las naves enemigas.

No eran los simples Ufos, tan traídos y llevados durante décadas para consumidores aburridos de noticias; ya no se trataba de fotografiar y clasificar objetos más o menos extraños. Hombres muy expertos, tripulando naves bien armadas, habían comenzado a caer.

El capitán Adam B. Zinnerman pensaba en el general Rommel y que si le hubieran hecho caso en otro tiempo, las cosas serían ahora diferentes.

Ignoraba cómo funcionaban ahora las cosas por los despachos del Belic-Mundi-Federal. Había algún tiempo que se hallaba ausente del planeta Tierra, pero le habían contado que se comenzaban a invertir millones y millones en programas de investigación para la defensa bélica.

Mas, ya era tarde y no obtenían ningún resultado óptimo, nada que hubiera causado la más mínima mella en el enigmático y desconcertante enemigo que científicamente semejaba mucho más adelantado que los equipos de investigación terrestre.

Movió de izquierda a derecha la palanca que pasaba los datos que obtenían los baremos de detección a la programadora automática de a bordo, un eficiente cerebro electrónico con memoria de datos suficiente para calcular a velocidad infinitesimal de segundo cualquier plan de ataque con las armas que una U.P.I.-1.001 portaba.

El piloto verde de la programadora automática se encendió de forma fija. Según la programadora, no había peligro alguno, no detectaba nada anormal. Todo estaba en regla; sólo recibía datos del planeta Tierra.

—Malditos, sé que estáis ahí —masculló entre el fino tabaco de mascar para astronautas—. Me lo habían dicho… «Es inútil,

Zinnerman, la programadora de a bordo no detecta nada y el cerebro humano está incapacitado para actuar a esas velocidades.»

A cualquier otro se le habría escapado aquella especie de mota de polvo aparecida en el teledetector, una mota a la que la programadora no concedía importancia o simplemente no llegaba a computarla.

Mas, el capitán Zinnerman comenzó a tener la seguridad absoluta de que aquello que aparentemente no era nada, le estaba aguardando a él.

Seguir adelante era un suicidio.

Tenía la opción de dar la vuelta y regresar por lo menos a la Luna. Le bastaría decir en el astropuerto que precisaba una revisión técnica de su nave y así quedaría conjurado el peligro sin tener que dar explicaciones a nadie.

Zinnerman viajaba de regreso a la Tierra. Debía renovar la firma de su contrato con la Belic-Mundi-Federal y para el burócrata de turno no sería nada insólito que Zinnerman pidiera su liquidación en caja, le estrechara la mano y se alejara. Aquella escena se había repetido tantas veces que era normal.

Zinnerman, antes de enfrentarse con el contrato de renovación, había decidido mantener una charla con el general Rommel, pero posiblemente ya no lo vería jamás.

Aquello le estaba aguardando para cuando decidiera orbitar la Tierra para penetrar en la ionosfera, estratosfera y atmósfera.

Aquella especie de ojo maligno, etéreo, inalcanzable, casi insensorial y a la vez destructor y mortífero, le aguardaba.

Tenía una posibilidad, sólo una posibilidad, una posibilidad irrisoria y que todos calificarían de ridícula, pero no tenía otra y se dispuso a jugárselo todo a esa carta.

Aquella posibilidad de salir bien del encuentro era una entre mil, quizá menos, lo que cualquier calculador objetivo habría llamado lisa y llanamente un suicidio.

Puso el mando automático para proseguir su ruta normal hacia el contacto terrestre. Escupió la tablilla de tabaco y sacó un paquete de cigarrillos.

Levantó uno de los pilotos controles y hundió la punta del

cigarrillo. Al sacarlo ya humeaba. Volvió a colocar la caperuza roja del piloto parsimoniosamente, como el más frío de los jugadores, y se llevó el cigarrillo a los labios.

Aquello estaba prohibido en un astronauta de combate, pero si iba a morir ¿qué importaba fumarse un cigarrillo clandestinamente o no? Después de todo, ¿quién iba a detectarlo, acaso el «chivato» automático de a bordo? ¿Quizá la alarma del control de atmósfera de la nave que detectaría el humo en suspensión?

Ni siquiera se encogió de hombros.

Estiró ligeramente la butaca anatómica y con el cigarrillo entre los dedos índice y corazón, siguió fumando.

No le quedaba mucho tiempo, lo sabía, aunque la programadora le diera luz verde. Le hubiera gustado asestar un puntapié a aquel conglomerado de cajas metálicas con circuitos biolectrónicos aunque, después de todo, ¿qué culpa tenía la programadora si no la habían capacitado para detectar aquello que al parecer no reverberaba nada que fuera detectable?

Siguió fumando. Experimentó un ligero placer y sonrió al ver cómo el piloto de control de ambiente se encendía, avisándole de que su atmósfera no estaba cien por cien pura. Lo mismo le hubiera advertido por una fuga de los tanques o una avería en la reconversión de gases, pero ahora sólo se trataba de un cigarrillo, quizá el último cigarrillo.

—¿Cuándo dispararéis, malditos? —preguntó en voz alta tras expulsar una bocanada de humo.

Ni siquiera se sabía qué clase de armas utilizaban para aniquilar las naves terrestres. Sólo se sabía que en determinado momento quedaban destruidas, nada más.

Llegaba el momento. Posiblemente, cuando todo ocurriera, no se enteraría de nada, pero antes de que eso sucediera, lucharía como gato panza arriba.

Adam B. Zinnerman no era de los hombres que colocan la cabeza en la guillotina sin por lo menos darle un puntapié en la boca al verdugo.

Por ello, cuando aquella nave se hizo precisa, quitó el mando automático y dio todo el impulso a los motores de la U.P.I.-1.001 en

dirección contraria a la orbitación normal de los satélites.

Aquella maniobra brusca tenía que desorientar al enemigo sin darle tiempo a reaccionar, porque apenas unos segundos más tarde, cambió la maniobra y decidió hundirse en la estratosfera con gran riesgo de fundir la nave con el roce en la brutal penetración; sin embargo, una U.P.I. tenía algunas posibilidades de escapar debido a su morro penetrante y antitérmico.

El termómetro electrónico señaló rápidamente el rojo.

Zinnerman no supo si es que le habían disparado algo que le había pasado rozando o era la fricción con la atmósfera.

Lo cierto era que, aunque abrasándose, seguía vivo por el momento, fintando a su perseguidor al que no podía localizar con los detectores de la nave; apenas si se reflejaba algo en el teledetector.

Aquél era el momento preciso. Si fallaba, no llegaría a tocar tierra.

Sin soltar el cigarrillo de la zurda, movió la diestra hacia un pulsador añadido al panel de mandos, casi en una chapuza.

Junto a la popa de la U.P.I.-1.001 surgió de repente una enorme columna de gas que inmediatamente formó una nube tras la nave mientras ésta seguía descendiendo.

La nave destructora, de aspecto aerodinámico, debió de sentirse desconcertada de nuevo, aunque no pareció dispuesta a abandonar la caza de la nave terrestre que pretendía escapar tras aquella nube de gas artificial.

Penetró a través de ella para pasar al otro lado y así destruir al escurridizo Zinnerman. De súbito, ocurrió lo increíble, lo fantástico.

La nube se solidificó completamente, atrapando a la nave perseguidora.

Zinnerman, ahora a través del teledetector, observó la nube gris que se zarandeaba visiblemente y de pronto comenzaba a caer. En el roce con el aire, se prendió fuego, un fuego amarillento que la envolvió por completo.

El capitán Zinnerman la vio caer y caer. Era su triunfo.

Abrió el canal de comunicación con la Tierra e, inmediatamente, escuchó una voz un tanto nerviosa, casi airada, que le inquiría:

—¡Capitán Zinnerman, capitán Zinnerman! ¿Está a la escucha?

—*O.K.,* escucho.

—¿Qué ha pasado?

—¿No lo están viendo con sus propios ojos? Ya no son invencibles. Por cierto, se me había olvidado conectar el canal de comunicación.

Tras decir esto, escuchó una fuerte interjección a través del altavoz y sonrió. Se llevó el cigarrillo ya consumido a los labios.

El piloto control de atmósfera interior seguía advirtiéndole que tenía la atmósfera de la nave enrarecida, pero él continuó fumando mientras una enorme nube sólida en llamas caía sobre el océano.

CAPITULO II

Adam B. Zinnerman permanecía tumbado sobre la litera de su hábitat, dentro del complejo Belic-Mundi-Federal.

Fumaba su enésimo cigarro. La puerta estaba cerrada y afuera, dos gigantes oficiales de seguridad la custodiaban. Todavía recordaba las palabras del oficial de guardia tras el aterrizaje en el astropuerto del planeta Tierra:

«—Queda usted arrestado y se le prohíbe cualquier manifestación sobre los hechos que le hayan ocurrido en su viaje desde el planeta Marte hasta tomar contacto con este astródromo.»

La orden había sido escueta. Inmediatamente, se le habían colocado detrás los dos gorilas de la policía y en un super *hover craft* había sido trasladado hasta su hábitat donde había quedado confinado, a modo de celda.

Zinnerman se había dicho que no deseaba un batallón de periodistas esperándole para entrevistarle por haber derribado a la nave extraña pese a ser la primera derrota de aquellos seres. Sabía que su hazaña era difícilmente repetible si aparecían otros alienígenas en sus naves, conociendo ya el truco de la nube solidifícable, pero un arresto era lo que menos esperaba y no le habían comunicado el motivo del mismo.

Zinnerman no comprendía la actuación del alto mando y en aquellos momentos, tampoco intentaba comprenderla.

Se sentía bien consigo mismo. Había podido con una de aquellas naves destructoras que tantas bajas causaran. Lo que pensaran los jefazos y burócratas del alto mando ya le importaba un comino.

De pronto, se escuchó un zumbido y la puerta de su hábitat se abrió automáticamente.

Apareció un oficial con un escrito de órdenes en la mano. Los dos gorilas de la P.B. se colocaron a ambos lados del mismo.

—Si hace el favor, capitán Zinnerman, póngase en pie. Voy a leerle la orden de arresto.

—Por mí, ya puede empezar a leerla, no voy a moverme. Estoy

acabando mi cigarrillo.

El oficial carraspeó ligeramente. De reojo, miró a los dos miembros de la P.B. que le escoltaban. Tras ellos, a un par de pasos sin que la vieran, una mujer observaba la escena.

Era alta, de espesos y abundantes cabellos azabaches y ojos tan oscuros como el negro terciopelo del éter infinito.

—Está bien, capitán Zinnerman, seré breve. Veo que es usted reacio a aceptar las ordenanzas.

—Por favor, ha dicho que sería breve, ¿o acaso he oído mal? —preguntó llevándose después el cigarrillo a los labios para aspirar el humo del tabaco.

—La orden dice que contravino usted la prohibición de fumar en vuelo en una U.P.I.-1.001 de combate, hallándose frente al enemigo.

—Lo admito —aceptó desde su litera el capitán Zinnerman, aspirando de nuevo el cigarrillo. Luego, preguntó con sorna—: ¿Y cuál es el castigo que se me va a aplicar?

—Eso no lo indica la orden que traigo, capitán Zinnerman, pero sí dice que deberá de acompañarme. Le aguarda el tribunal del Comité.

—Bien, si es así, no hagamos esperar a los jefazos.

Se levantó.

El oficial de la guardia le dejó paso y escoltado por los dos gorilas de la P.B., ambos muy graves y circunspectos, pero en el fondo admirando a Zinnerman, pues ya se estaba corriendo la voz de que había sido el primer astronauta de combate que había derribado a una de las naves extrañas, avanzó hasta la sala del gabinete del tribunal para asuntos internos del Belic-Mundi-Federal.

La sala tenía poca luz.

En la larga y curva mesa, en forma de media luna, se hallaban los cerebros más importantes del Belic-Mundi-Federal.

Adam B. Zinnerman sentía todos aquellos ojos clavados sobre él, ojos de halcones, ojos de interrogación e investigación, ojos de desconcierto y ojos de admiración.

Dio unos pasos hasta el centro de la media luna y allí se cuadró.

—El capitán Adam B. Zinnerman, comandante de la U.P.I.-1.001 de la flotilla astronáutica de combate, se presenta.

Nadie articuló una sola palabra. El oficial de la guardia se había quedado unos pasos tras él y los dos miembros de la P.B. permanecían junto a la puerta, cerrándola.

Había unos bancos para el público. En reuniones como aquélla solían estar vacíos, pues sólo se deliberaban asuntos de orden interno, pero en aquellos momentos había varios hombres y una mujer, una mujer de cabellos negros y muy hermosa, que no apartaba sus pupilas de él.

Sin embargo, Zinnerman, pendiente en especial de las dos figuras que presidían la mesa, no reparó en ella

Conocía perfectamente al general Rommel, un hombre de mentón cuadrado y sin pelo bajo su gorra castrense, con ojos penetrantes a través de sus lentillas de tono oscuro para filtrar los rayos solares.

Zinnerman sabía que los ojos del general Rommel eran casi tan claros y fríos como los suyos. Junto a él estaba el delegado del Comité Mundi-Federal, nada menos que Ivan Maclosky, un hombre de rasgos amalgamados entre Oriente y Occidente. Sus ojos un tanto oblicuos, ojos de ave de presa, contrastaban con el cabello rubio.

—Capitán Zinnerman, ha llegado el momento en que puede usted renovar su contrato con la Belic-Mundi-Federal. Hoy expira su anterior contrato y, como sabe, es usted libre de renovarlo o rescindirlo —le dijo el general Rommel con su voz algo ronca y de inflexiones metálicas mientras le alargaba los folios ya firmados por parte del Belic-Mundi-Federal, órgano militar del Comité Mundi-Federal.

«De modo que era eso —pensó Zinnerman—. Primero, enjaularme y luego, el contrato.»

Estaba visto que no le habían colocado ante un simple burócrata; tenía delante a toda la masa pensante y ejecutiva.

Avanzó dos pasos. Sacó su placa metálica de identidad con todos sus datos personales. La colocó al pie del contrato y dos segundos más tarde, al levantarla, había quedado todo impreso. Después, se guardó aquella placa que no podía tener nadie excepto él.

El general Rommel le miró y preguntó:

—¿No lee las condiciones de su nuevo contrato?

—¿Para qué? Ya está impreso con mi firma y mi registro oral registrado en la placa de identificación.

—Bien, mayor Zinnerman.

—¿Mayor? —repitió.

Con una media sonrisa, Maclosky aclaró:

—Con el nuevo contrato se le asciende al grado de mayor y jefe de la flotilla especial U.P.I.-1.001.

—Creí que me habían citado aquí para castigar mi acción de fumarme un cigarrillo.

El general Rommel habló a continuación, cruzando sus manos duras y gruesas.

—Usted sabía que estaba prohibido. —Sin darle tiempo a replicar, prosiguió—: Pero no era intención de este comité sancionarle.

—¿Cómo debo de entender esta situación, general?

—Simplemente, como una medida de precaución para que no se difundieran demasiados datos sobre lo ocurrido, es decir, sobre su meritoria acción frente al enemigo al que abatió. Nuestra primera victoria conseguida gracias a usted, aunque por métodos nada ortodoxos y que el grupo de investigación está ansioso por conocer, puesto que el arma utilizada por usted no estaba programada en ninguna de nuestras naves.

—General, caballeros, opino que difundir esta noticia, y no lo digo por mí personalmente, pues mi nombre puede omitirse, daría ánimos a la población terrestre.

Maclosky puntualizó:

—La población terrestre está estabilizada en su histeria y no quisiéramos llenarla de ínfulas que luego resultaran vanas y que frente a nuevas derrotas terminarían por hundir totalmente su moral. Antes de que todo esto trascienda a los medios informativos, deben de repetirse los hechos y constatarse que no ha sido una afortunada casualidad, que podemos luchar con algún sentido y posibilidades de victoria y no de suicidio, como ha venido ocurriendo hasta ahora.

—Bueno, yo no puedo garantizar a nadie que nuestros próximos encuentros con los extraños sean también un éxito.

—Lo comprendemos, mayor Zinnerman —aceptó el general Rommel. Luego, añadió—: Pero su arma secreta, esa nube plástica...

—Verán, tenía conocimiento de que nuestras armas convencionales, el rayo láser y los cañones electro-atómicos con cargas nucleares, no habían servido de mucho contra los extraños y hablando con un amigo mío en Marte...

—¿Un amigo suyo en Marte? —inquirió Maclosky interesado, arrugando sólo una de sus cejas, concretamente la derecha.

—Sí, es un sujeto algo especial. Algunos dicen de él, y perdonen la expresión, que está chalado, pero tomando unas copas me explicó cómo capturaría él a una de esas naves. Entonces yo secretamente y asumiendo todas las responsabilidades, le pedí que me preparara su extraña fórmula para instalar el sistema en mi nave U.P.I.-1001. Si llegaba el caso la utilizaría y ahora, con franqueza, querría dar las gracias a Okono Tanaka, porque su idea dio el resultado que él había previsto.

—Su amigo Okono Tanaka será reclamado de inmediato para que su invento sea elaborado a gran escala —dijo Maclosky—. General Rommel, cuente con los fondos precisos para dotar a todas nuestras naves con ese sistema. Por cierto, mayor Zinnerman, ¿en qué consiste el sistema?

—En realidad, es una trampa. Tras esquivar al enemigo y hacer que nos persiga, procurando evitar sus disparos, se expulsa por la popa el gas de fórmula polimerizante que inmediatamente se mezcla con el ozono. Al penetrar en esa nube gaseoso-plástica un objeto con gran desprendimiento de energía térmica, actúa como catalizador instantáneo y toda la nube se polimeriza atrapando a la nave en su interior y bloqueándola por completo. Luego, cae por su propio peso, atraída por la gravedad terrestre. El sistema da resultados porque los extraños siempre actúan en la atmósfera de la Tierra.

—Muy ingenioso —aceptó Maclosky.

El general Rommel corroboró:

—Sí, verdaderamente una trampa muy ingeniosa. Por cierto, mayor Zinnerman, ¿sabe que al caer al océano la nube en llamas se apagó el fuego y, aunque en gran parte chamuscada, nuestros navíos lograron cortar la masa de espuma o plástico sólido y llegar hasta la

nave extraña, cuyo tripulante ya está en nuestro poder?

Zinnerman se sintió muy satisfecho ante aquella noticia. Conociendo al enemigo, se podría luchar mejor contra él.

—Ojalá fuera esto el principio de la concatenación de nuestras victorias.

—Mayor Zinnerman, se ha ganado usted el privilegio de ver a quien tripula la nave destructora. Respecto al contrato, no esperaba menos de usted. Es algo indisciplinado, rebelde a las ordenanzas, pero tiene un expediente brillante. Por cierto, si ha de comandar la flotilla especial de combate, no haga que sus muchachos le emulen en determinados aspectos de digamos indisciplina menor.

—Lo procuraré, general Rommel. Ahora, estoy ardiendo en deseos por ver a mi enemigo.

—Será inmediatamente complacido. El resto de los aquí presentes saben muy bien que sobre todo lo hablado debe de mantenerse el más riguroso de los secretos. Nos estamos jugando la supervivencia de la raza humana.

Nadie dijo nada, pero allí imperaba un asentimiento total. Las palabras del general Rommel no eran gratuitamente dramáticas, estaban preñadas de verdad.

CAPITULO III

El general Rommel caminaba a su lado. Un par de pasos más atrás lo hacía Maclosky seguido por dos hombres con cara de investigadores, ensimismados en fórmulas que saltaban de un lado a otro en el interior de sus cráneos. Luego, estaba aquella mujer espigada, morena, hermosa, de boca y mentón seguros, caminar armonioso y sin vacilaciones.

Nadie se la había presentado, pero Zinnerman ya había cruzado un par de elocuentes miradas con ella. Sin embargo, en aquellos momentos estaba pendiente de algo importante, algo trascendental para su vida. Iba a conocer al primer extraño, al primer enemigo batido.

La marcha la cerraban seis elementos de la P.B., armados y protegidos sus cráneos con cascos de acero plástico con telecomunicadores.

Al fin, el general Rommel se detuvo frente a una puerta de brillante acero custodiada por dos agentes de la P.B. en actitud de firmes y armados con fusiles láser de largo alcance.

—Evidentemente, se han tomado todas las medidas de precaución —opinó Zinnerman.

—Es lo natural, ¿no cree, mayor Zinnerman? —repuso Maclosky, el hombre que daba vía libre a la investigación y a la formación de una posible vanguardia que tenía que atacar al enemigo.

El general Rommel sacó su propia tarjeta plástico-metálica de identificación y la introdujo en la ranura que había junto al marco de la puerta. Se encendió un piloto verde y se corrió la puerta de acero hacia uno de los lados.

La estancia estaba dividida en dos partes rectangulares iguales. La que quedaba al fondo, sin ventana alguna, estaba separada por unas brillantes, gruesas y frías rejas y tras ellas...

—Dios mío, ¿qué es esto? —exclamó Adam B. Zinnerman, empequeñeciendo primero sus ojos y agrandándolos después.

Dos pupilas verdes, profundas, le estaban mirando. Era una mujer de rostro perfecto, orlado de largos cabellos rubios y labios color cereza.

Vestía una túnica blanca, posiblemente colocada en su calidad de prisionera, pues le habrían quitado sus ropas por si ocultaba algún arma.

La tela de la túnica moldeaba su cuerpo de altos y pronunciados pechos. Su cintura era estrecha y sus caderas, femeninamente redondeadas, sin ser grandes ni groseras.

—Le felicito, capitán Zinnerman. Es usted el primer humano que ha conseguido derribar una de nuestras naves —dijo.

Maclosky la corrigió.

—Ya es mayor.

—Repito mi felicitación, mayor Zinnerman, merecía el ascenso. Confieso que sus bruscas y sorprendentes maniobras me desorientaron y no pude computar lo suficiente para abatirla y luego, esa nube. ¿Es su nueva arma secreta?

Adam no había articulado palabra todavía. Era evidente que se

hallaba impresionado ante aquella mujer piloto de combate que él había derribado, aquella extraña, desconcertante y bella mujer que hablaba sin alzar un solo tono en su voz cadenciosa, agradable y segura que brotaba por entre los labios en constante sonrisa.

—¿Sabía quién era yo?

—Sí —asintió ella, segura de sí misma, un tanto impersonal—. Tenía conocimiento de qué nave se acercaba a la Tierra y quién la tripulaba.

—¿Y me hubiera destruido?

—Naturalmente que sí, mayor Zinnerman, claro está que he fallado, pero cuando surque de nuevo el espacio, otra nave le saldrá al paso y lo aniquilará.

—¿Otra, cuántas naves son?

La extraña e impresionante belleza de cabellos rubio platinados cerró la boca y le miró con pupilas un tanto frías.

—Se terminó la entrevista, mayor Zinnerman —le dijo el general Rommel.

—General, ¿es necesario todo esto?

—¿A qué se refiere, mayor Zinnerman? —preguntó el general Rommel, observándole a través de sus lentillas oscuras.

—Pues, a las rejas y a tantos agentes de la P.B.

—Sí, son necesarios. Usted es un hombre de combate en el espacio, pero aquí tenemos a expertos en seguridad. Por cierto, la nave enemiga quedó atrapada en la espuma plástica de forma que su sistema de telecomunicación se inutilizó y no pudo transmitir los datos de nuestra nueva arma. Las extrañas criaturas atacantes se hallarán preocupadas ante esta primera derrota ignorando a qué motivos se debe. ¿Comprende el por qué se guarda el más riguroso de los secretos?

—Bien, es un tanto a nuestro favor, porque podremos emplear de nuevo nuestra nube de plástico gaseoso.

—No servirá de nada. Cuando llegue el momento, lanzaremos el gran ataque y el planeta Tierra será nuestro. Los humanos que queden serán nuestros esclavos —dijo de pronto, con frialdad apabullante e hiriente, la extraña criatura de desbordante hermosura.

—Pero ¿quiénes son, de dónde vienen? —inquirió Zinnerman alzando la voz.

El general Rommel le cogió por el brazo y tiró de él sacándolo de la celda especial desde la que no podían lanzarse mensajes en onda alguna.

—Mayor, no se deje impresionar por su belleza. Es una enemiga mortal nuestra y altamente peligrosa. ¿Acaso ha olvidado a los compañeros caídos en acto de servicio? Usted mismo estaría desintegrado ahora si no hubiera hecho caso a ese chalado que se llama Okono Tanaka.

—Es verdad, pero es una mujer. Nunca había pensado que terminaría luchando contra una mujer. Francamente, ahora no me siento orgulloso de mi victoria.

—Lo que sucede, mayor Zinnerman, es que usted tiene un desfasado machismo, como dirían algunos de nuestros ancestros.

—¿Machismo?

—Sí. Coloca a la mujer en franca inferioridad y no en plano de igualdad, como debe ser. Eso es un exceso de soberbia por su parte que algunas mujeres no tolerarían, por ejemplo, la doctora Ava Dumella.

—¿La doctora Ava Dumella? —Zinnerman repitió aquel nombre cuando la puerta se cerraba tras él y veía los ojos oscuros de la doctora que se quedaba en el interior de la celda.

—Sí, es ella, una mujer muy inteligente y dotada para la investigación. ¿Pensaría que ella es un ser inferior?

—Bueno, no para la investigación, pero en la lucha es diferente.

—Le comprendo, mayor, le comprendo, y la verdad es que su postura le honra, pero tendrá que desecharla porque este caso es distinto y en el futuro deberá pelear contra ellas.

—Francamente, no me gusta. Me habría agradado más que fuera un ser distinto, algo horrible contra lo que luchar con rabia, pero si pienso que en una nave enemiga se halla una hermosa mujer tripulándola…

—Que no le vacile la mano al pulsar las armas de ataque, mayor. Sería su muerte inmediata.

—Discúlpeme, general, estoy algo confuso.

—Intuía esto, pero como ha sido nombrado comandante en jefe de la flotilla de combate astronáutica, es imprescindible que me acompañe también ahora.

—¿Adonde?

—Primero, fumaremos un cigarrillo en una salita y hablaremos sobre la inclusión de las nubes plásticas en las naves de combate y también la forma de adoptar nuevas armas, pero lo que más importa es averiguar el lugar de donde parten las naves.

—Eso siempre ha sido un misterio. Aparecen y desaparecen sin ser detectadas por nuestros sistemas de escucha y alerta.

—Se está estudiando metódicamente la nave capturada y los primeros datos indican que utilizan una pintura reflectante y difusora. Luego, deben de emplear una coraza invisible para que no sea detectada su térmica. En fin, se harán más investigaciones, pero ahora ya tenemos una base sobre la que investigar y pronto conoceremos las armas que ellos emplean.

Adam B. Zinnerman conversó con el general Rommel fumándose dos cigarrillos. No pudo entregarse demasiado a la conversación. El general Rommel lo captó y no pareció molestarse lo más mínimo. Zinnerman pensaba en aquella hermosa mujer que era su enemiga y que él, con su astucia, había conseguido abatir.

—Bueno, creo que ya es el momento.

—¿El momento para qué?

—Acompáñeme, mayor Zinnerman.

—¿Adonde?

—Ya lo verá.

Por unos corredores silenciosos y subterráneos, iluminados de forma indirecta, llegaron hasta una puerta custodiada por dos agentes P.B. armados que saludaron al general Rommel y se hicieron a un lado para que no pasaran. Se abrió la puerta y Zinnerman sintió un escalofrío a todo lo largo de su espina dorsal.

—Esto es un quirófano, general Rommel.

—Exacto, mayor, un quirófano.

Allí estaban todos los que anteriormente se hallaban en la sala de consejo para deliberaciones de tipo interno y un grupo de agentes P.B., vigilantes y a la expectativa.

El general Rommel hizo que se apartaran varios hombres y Zinnerman pudo ver algo que en principio le pareció increíble y que le irritó profundamente.

—¿Qué piensan hacer? ¡Esto es horroroso!

La extraña y bella criatura se hallaba en la mesa de operaciones, viva y palpitante bajo una sábana. La cabellera rubio platino se desparramaba sobre la aséptica mesa de cristal irrompible y unas correas sujetaban aquel cuerpo.

—¿Qué tal, mayor Zinnerman? Volvemos a vernos —le saludó la mujer con su fría sonrisa.

—General Rommel, ¿qué piensan hacer con la prisionera?

—Conténgase, mayor —exigió ahora con dureza el general, como si a él también le disgustara la situación.

—Mayor Zinnerman, será mejor que permanezca quieto y en silencio o será desalojado del quirófano —advirtió Maclosky, duro y frío también.

—¡No podrán evitar que nosotras nos apoderemos del planeta, no podrán evitarlo!

—¿La oye, mayor Zinnerman, la ha escuchado bien?

—Sí, general, la oigo, pero no sé que intentan ustedes. ¿Acaso sufre algún mal?

En aquel momento apareció la doctora Ava Dumella.

Vestía ahora una aséptica bata azul claro. Un ayudante le acercó una mesa de instrumentos.

Zinnerman la miró, y ella sintió como si él la bombardeara con su odio. Tuvo la sensación de ser la primera mujer verdugo de la Historia y algo nerviosa, desasosegada, apartó sus ojos de Zinnerman.

—Bisturí profundo —pidió.

Mientras se lo entregaban, la doctora Dumella estiró de la

sábana, descubriendo en parte el cuerpo de la prisionera.

Al ver los brazos y muñecas sujetos por correas, Zinnerman tuvo el impulso de ir hacia delante para rescatar a su enemiga de tan difícil situación, pero cuatro agentes P.B. le rodearon, sujetándole.

—¡Esto es una atrocidad! —exclamó.

—¡Sujétenlo! —ordenó el general Rommel.

Zinnerman comprendió que no podría evitar lo inevitable. Clavó sus ojos en la doctora que rehuía mirarle y dijo:

—Si hunde el bisturí en ese Cuerpo, será una asesina, una asesina fría y despiadada.

La doctora, joven y hermosa como la rubia que yacía sobre la mesa de operaciones, se contuvo unos instantes. Tomó aire y al fin, hundió el bisturí abriendo parte de aquel cuerpo en canal mientras el ser seguía vivo, mirándoles impasible y sonriendo fríamente.

Ante aquel acto que el mayor Zinnerman calificó *in mente* de la mayor atrocidad, cerró los ojos.

Más, no escuchó ningún grito pese a que no se había aplicado ningún tipo de anestesia a la alienígena.

Cuando abrió los ojos de nuevo, vio que no había sangre.

La doctora Dumella acababa de hacer otro corte transversal, cruzando el anterior, y con unas pinzas apartó lo que se suponía era piel.

Dejó al descubierto un enmarañado pero a la vez perfecto complejo de cables, electrodos y transistores.

Zinnerman quedó frío, helado, ya no tuvieron que sujetarle.

La doctora Ava Dumella introdujo una larga y curva pinza en el interior de aquel cuerpo electrónico y movió algún resorte oculto. La extraña cerró sus párpados y dejó de respirar.

—¿Comprende ahora, mayor Zinnerman? —preguntó el general Rommel, que le trataba con paternalismo.

—Dios mío, ¿qué es esto?

—Es un ser robiónico —explicó la doctora, alzando el rostro hacia Zinnerman y sosteniéndole ahora la mirada—. Es decir, en este

caso, una robiónica a juzgar por su figura externa, pero lo mismo sería si le hubieran dado una morfología masculina.

—¿Una robiónica?

El general Rommel le explicó brevemente:

—Un robot de apariencia humana femenina, pero con un cerebro biónico que la doctora se encargará de investigar para sacar el máximo de él. Ya lo ve, mayor Zinnerman, un robot biónico, o como ha puntualizado acertadamente la doctora, una robiónica. Ellas son nuestras enemigas, extraordinariamente peligrosas, puesto que están programadas para la destrucción de nuestra especie humana.

—¿Y quién ha hecho este ser tan perfecto?

—No lo sabemos todavía —aclaró Maclosky— pero esperamos descubrirlo.

—A través de una inspección inicial de la prisionera, sospechamos algo. Luego, con una radiografía completa, descubrimos su peculiar naturaleza. Se lo he ocultado a usted, mayor, para que comprendiese por sí mismo de qué se trata. Ahora, ya sabe contra lo que va a luchar pese a esa apariencia de gran belleza femenina que se nos ofrece: Máquinas biónicas autónomas, programadas para destruirnos.

—Sí, claro, ya lo comprendo, pero ahora, caballeros, creo que no me vendría mal un trago de whisky —dijo Zinnerman sinceramente.

CAPITULO IV

Zinnerman se hallaba en la salita, esperando. Fumaba un cigarrillo al tiempo que repasaba el *dossier* abierto que sostenía entre sus manos.

En el umbral de la puerta apareció una azafata de bien torneadas piernas y una sonrisa profesional que se transformó en amplia y obsequiosa al ver a quien debía de dirigirla.

—Por favor, mayor Zinnerman, si tiene la bondad de acompañarme.

—Al infierno, si lo desea.

Ella, como ya no podía agrandar más su sonrisa, hizo una caída de ojos y un suave e intencionado parpadeo con el que prometía mucho de lo que el hombre quisiera tomar.

La azafata no le condujo a un hábitat tranquilo, silencioso y aislado como Zinnerman hubiera deseado, sino a un complicado laboratorio en el que un competente equipo investigaba a fondo el caso que llevaba entre manos la doctora jefe Ava Dumella.

—¿Qué tal, mayor Zinnerman? —preguntó la doctora tratando de ser amable, pero no excesivamente.

La azafata se vio derrotada ante la personalidad, belleza, inteligencia y seguridad de la doctora que ahora vestía una minibata naranja sobre la que resaltaba su cabello azabache.

—Creo que le debo una disculpa, doctora Dumella.

—Si le hubieran puesto en antecedentes el otro día, antes de llevarle al quirófano, habrían evitado su natural disgusto.

—Creo que me comporté en forma infantil.

Ella buscó la profundidad insondable de los glaciares que constituían las pupilas masculinas.

—Creo que su postura fue muy humana, mayor. Usted desconocía que era una robiónica y, lógicamente, no podía consentir que se abriera en canal a un ser vivo y despierto.

—Sí, y sólo era una muñeca electrónica.

—Una muñeca electrónica tan perfecta que se autocontrolaba y tenía la capacidad de pensar.

—He de confesar que logró engañarme.

—Cualquiera hubiera pensado que podía llegar a enamorarse de ella —dijo Ava Dumella con cierto matiz irónico, buscando la reacción del hombre.

—No creo que hubiera llegado a tanto.

—¿Por qué? —La pregunta le salió espontánea, sin razonarla siquiera.

—Porque resultaba demasiado fría pese a lo bella que era. Me pueden gustar muchas mujeres, pero enamorarme, eso es cosa distinta.

Como que Zinnerman se fijaba demasiado en los ojos de ella, en sus labios, y luego recorría las curvas del cuerpo femenino con la mirada, ella pareció sentir alfilerazos en cada lugar donde se posaban las pupilas del hombre.

Carraspeó ligeramente y se volvió para decir:

—El cerebro biónico está siendo analizado, aunque será difícil sacar algo en claro de él.

—¿Un cerebro biónico de la misma capacidad que uno humano?

—Sí, aunque el cerebro de la robiónica no debe de realizar las funciones motoras de un cuerpo como el nuestro. También hay infinidad de pequeñas sensaciones que nuestro cuerpo capta y el de ella no.

—¿Quiere decir que el cerebro de la robiónica es inferior al nuestro?

—En algunos aspectos, sí, y en otros no.

—¿En cuáles no?

—Pues, tiene más memoria y facultades de programación.

—Entonces, esa muñeca está más apta para el combate.

—Bueno, hay algo en lo que usted la aventaja.

—Parece conocerme bien.

—No demasiado, pero esa cualidad que usted posee la tienen los buenos luchadores y es obvio que usted lo es.

—¿Se refiere a la astucia?

—Sí. En muchas ocasiones, la astucia suple a la inferioridad de fuerza o numérica. Por cierto, ¿cómo van las investigaciones en la nave capturada?

Zinnerman se daba cuenta de que cada vez que la conversación ahondaba en el terreno personal, Ava Dumella la desviaba, pasando a otros temas menos comprometedores.

—La nave es muy moderna y sus cañones ofensivos son de ultra-tele-electro-shock. Se van a construir cañones semejantes para nuestras naves, pero yo estimo que esas naves podrían ser vulnerables no con el láser, pues lo reverberan, sino con armas de impacto sólido. Sin embargo, la dificultad estriba principalmente en la gran velocidad de movimiento que pueden desarrollar para escapar a nuestros disparos convencionales de misiles nucleares. En fin, problemas técnicos que estoy seguro se irán resolviendo y espero que antes de que sea demasiado tarde.

—Sí, ignoramos cuántas son y cuándo preparan el gran ataque. Hasta ahora parece que han estado haciendo pruebas de combate para asegurarse de su capacidad ofensiva frente a nuestras naves de guerra.

—Esperemos que esta primera derrota que han sufrido las detenga por algún tiempo. ¿Quién moverá a esas muñecas, suponiendo que todo sean muñecas?

—No se sabe de dónde proceden.

—El material de su nave es muy evolucionado, pero es terrestre. Le parecerá paradójico, pero muchas piezas de la nave han sido construidas por factorías normales y corrientes de nuestro planeta.

—Entonces, será fácil seguir la pista de las piezas.

—Agentes secretos de la P.B. están investigando, pero me temo que no va a ser tan fácil como parece.

—Mayor, aparte de la investigación a fondo que estamos llevando a cabo de la muñeca robiónica, he averiguado algo más consultando a las computadoras de archivo de noticias. Por eso le mandé aviso para que viniera a verme.

—¿Algo importante?

—Todavía no lo sé. ¿Con qué clase de vehículo ha llegado?

—Pues, en mi vehículo particular, un *sport* «H.C.»

—Hum, muy rápido y caro.

—Como siempre estoy de viaje y no me gasto la plata, luego puedo permitirme ciertos lujos.

—¿Qué le parece un viaje al Oeste del Canadá?

—Si es en su compañía, magnífico.

Ella desvió la mirada del rostro masculino. No sabía por qué, pero se turbaba cada vez que él miraba con aquella forma tan especial que tenía de clavar sus ojos insondables, fríos y paradójicamente candentes, como un pedazo de hielo carbónico que, de tan frío, al sostenerlo en la mano produce quemaduras.

—Discúlpeme un instante, puede esperarme frente al porche.

—Bien, allí estaré.

Zinnerman, con su *dossier* bajo el brazo, se dirigió al *parking* para vehículos particulares.

Montó en su *sport* «H.C», amarillo con franjas rojas, y se situó frente al porche. Poco después, la doctora Ava Dumella, vestida con unas panties de calle y una casaca púrpura con gran cinturón y hebilla, y con el cabello suelto cayéndole sobre la espalda, penetró en el «H.C.» que poseía un gran confort y una línea muy aerodinámica.

Se cerró la carlinga de acero-plástico transparente. Adam conectó la pila atómica a los dos silenciosos motores de que iba provisto aquel vehículo último modelo y se elevaron tres pies del suelo.

Luego, la velocidad aumentó progresivamente en busca de las autopistas en las que podrían desarrollar las seiscientas millas hora de crucero, velocidad nada fácil de alcanzar para el resto de vehículos que circulaban por las autopistas y que debían de conformarse con las trescientas millas hora.

—Bien, Ava, no le molestará que la llame por su nombre de pila ahora que, al parecer, vamos a vernos con asiduidad, ¿verdad?

—No, Adam.

—Así me gusta. Por cierto, ¿qué es lo que vamos a encontrar en

el Canadá?

—Un sanatorio psiquiátrico.

Adam pisó el freno. El *sport* «H.C.» se detuvo en el aire mientras otro vehículo que le seguía de cerca se las vio y deseó para esquivarles y evitar el choque mientras lanzaba su sirena de alerta con rabia y protesta.

Zinnerman se quedó mirando a Ava Dumella y quiso cerciorarse de que no había oído mal.

—¿Un manicomio, ha dicho?

—Un sanatorio psiquiátrico —corrigió ella. Zinnerman, resignado, puso de nuevo su flamante *sport* «H.C.» amarillo en marcha. ¿Qué le esperaría en el manicomio?

CAPITULO V

El director del sanatorio psiquiátrico se acercó a la ventana de su despacho y a través de ella, miró hacia exterior.

—El hombre que buscan es aquel que está allá al fondo, recortando setos.

Ava y Adam B. Zinnerman miraron al hombre soñado. Era un anciano de caminar vacilante y cabello canoso. Estaba flaco y su altura resultaba escasa.

Parecía como si la brisa que acariciaba las ramas de los setos lo respetase, ya que un fuerte soplo de viento podría derribarlo con facilidad.

—¿Qué es lo que podemos saber de él? —preguntó la doctora Dumella.

—Pues, que es pacífico, pero por los resultados, irrecuperable.

—¿Por qué?

A la pregunta de Zinnerman, el director del centro respondió:

—Sufre una regresión neurótica muy fuerte y él no demuestra ningún interés por recuperar la normalidad, habida cuenta de su avanzada edad, quizá sea lo mejor dejarlo como está.

—Tengo entendido que ese hombre, Herbert Schneider, fue un científico importante —observó Zinnerman.

—Lo fue —admitió el director del centro—. Pero tuvo un fuerte *shock* emotivo que lo mismo podía haberle llevado al suicidio. Sufrió una regresión y ahora se halla en un estado totalmente infantilizado, con apenas ramalazos de raciocinio evolucionado.

—¿Fue a raíz de la pérdida de su muñeca?

Adam miró a Ava Dumella que acababa de formular aquella pregunta.

El director del sanatorio la observó con cierto disgusto y repuso:

—Lamento no poder darle información al respecto. Los

problemas de mis pacientes, como ya deben saber son secreto profesional.

—Lo entendemos —aceptó Zinnerman—, pero me gustaría charlar a solas con Herbert Schneider.

—No creo que consigan demasiado. Si me dijeran qué es lo que desean de él.

—Asuntos privados —puntualizó Ava con cierta dureza.

—Bien. No se les vaya a olvidar que está incapacitado para firmar cualquier documento.

—No tema, no hemos venido aquí a aprovecharnos de su situación —aclaró Zinnerman, puesto que debía de guardar el máximo secreto sobre la misión que llevaban entre manos.

—Correcto. Daré aviso para que lo trasladen a su habitación y ustedes podrán hablarle en ella. Espero que no lo exciten, está infantilizado en su regresión lo mismo se pone a reír que a llorar. No quisiera que entrara en crisis.

—Lo tendremos en cuenta, doctor —aseguró Ava con cierta frialdad.

El director del centro no parecía dispuesto a darles facilidades para que llevaran a cabo sus propósitos.

Una enfermera les condujo a la habitación de Herbert Schneider, una estancia amplia, aséptica, con mucha luz y algunos motivos infantiles colgados por las paredes, motivos de astronáutica.

—¡Mire, Adam, es usted! —exclamó Ava señalando una fotografía clavada en la pared con chinches metálicos.

—Es cierto. Fue al regreso de una difícil aventura que pasé en el satélite de Marte, Fobos.

—Por lo visto, el profesor Schneider es un admirador suyo.

Adam B. Zinnerman iba a responder una tontería cuando de pronto reparó en una fotografía láser a color que había en un marco sobre la mesita de noche.

—¡Mire ese retrato!

—¡Cielos! —exclamó la doctora Dumella llevándose una mano a la boca.

La mujer del retrato semejaba mirarles con desafío e ironía a la vez. Vestía un ajustado *bikini y* desparramaba sus cabellos rubio platino sobre sus hombros desnudos, mostrando una actitud provocativa.

—¡Es ella!

—Sí —ratificó Ava—, la muñeca robiónica.

—¿Qué tiene que ver Schneider con ella?

Ava contestó:

—Según la noticia que he descubierto, él fue el creador de esa muñeca robiónica.

—¿Como una nueva y fantástica *Copelia?*

—Sí, como en la historia llevada al *ballet,* pero aquí o era una fantasía sino una realidad.

—¿Qué sucedió con ella?

—Schneider trabajaba en un centro de investigación, pero en su casa tenía un laboratorio particular a modo le *hobby.* Allí construyó su muñeca robiónica, pero un día, al regresar a su casa, la descubrió ardiendo. Los bomberos no pudieron evitar que se convirtiera en cenizas. Incluso, se le llegó a encausar por carecer en su laboratorio de las medidas obligatorias contra incendios, pero la causa no prosperó porque cayó en un estado psicopático grave y hubo de ser internado.

—¿Y qué dijeron las autoridades de la muñeca robiónica?

—Nada, se consideró un *hobby* del profesor, algo sin importancia aparte de su singularidad. Algo artístico pero carente de valor, según se comentó. Como además todos los planos se habían quemado junto con la muñeca, el caso fue olvidado.

—Sin embargo, por lo que puedo deducir, la muñeca robiónica no se quemó.

—Eso parece y creo que ni el mismo profesor Schneider llegó a sospechar jamás de lo que podía ser capaz su muñeca pensante.

—Por lo menos, ya sabemos que no viene del exterior.

—Eso es cierto, pero como si lo fueran, porque solo se parecen a nosotros en su forma externa.

Zinnerman miró la fotografía y opinó:

—Bueno, eso tendría que comprobarlo personalmente.

—Vamos, Adam, el momento es grave.

De pronto, se abrió la habitación y apareció el director del centro con una enfermera. El iba grave, con las mandíbulas apretadas, y ella, excitada.

—¿Qué han hecho con él?

—¿Con él, qué quiere decir? —preguntó Zinnerman.

—Lo entienden muy bien. ¿Adonde se lo han llevado?

—¿Nosotros? Si no hemos salido de aquí —puntualizó Ava perpleja.

La enfermera, aumentando su excitación, como si temiera que la responsabilidad de lo ocurrido cayera sobre ella, aclaró:

—Dos señoritas que a lo lejos parecían gemelas se lo han llevado en un vehículo negro. El pobre profesor Schneider chillaba de risa, creo que le ha cogido un ataque.

Ava y Adam se miraron entre sí, desconcertados, mientras el director del centro inquiría:

—¿Qué tienen que decir a esto?

Adam tomó la foto que había en la mesita de noche y se la mostró a la enfermera, preguntándole:

—¿Esas señoritas que usted ha visto se parecían a la de este retrato?

—Oh, sí, claro. Estaban algo lejos, les he gritado incluso, pero una de ellas era ésta, aunque no sé decir cuál, porque eran tan iguales.

—¡Diablos! —exclamó Adam Zinnerman—. Tengo que usar el video-teléfono con urgencia.

—¿Para qué?

—Para que los agentes de la P.B. capturen al profesor Schneider y a las dos mujeres en cuanto los vean. Se trata de un caso muy grave.

—Pobre profesor —se lamentó la enfermera—. Y él que decía siempre que esa chica de la foto era una muñeca suya. Está loco.

—Señorita, ¿no sabe que esa palabra está prohibida dentro del centro?

—Oh, sí, disculpe, señor director, disculpe. Estoy algo nerviosa.

—No perdamos tiempo —exigió Adam al director del sanatorio —. Quiero también un retrato del profesor Schneider para que pueda ser identificado en cuanto lo vean. Su fotografía pasará inmediatamente a las pantallas de todos los vehículos policiales del Canadá y Estados Unidos. Con un vehículo convencional no creo que se desplacen a otros continentes.

—¿Para qué lo querrán? —preguntó Ava.

—Lo ignoro. Quizá hayan programado algún otro sistema ofensivo o intenten eliminar al único eslabón que las ata a nosotros los humanos.

—Pero ¿de qué están hablando?

—Secreto profesional, doctor, secreto profesional —le replicó Adam irónico, devolviéndole la pelota por la anterior actuación del psiquiatra.

CAPITULO VI

—¿Cree que lo encontrarán?

Ante la pregunta de Ava Dumella y mientras viajaban a fuerte velocidad por la autopista, el mayor Zinnerman respondió.

—Todos los agentes de la P.B. entrarán en acción, tenemos prioridad, pero si por lo menos supiéramos en qué dirección se lo han llevado.

—Por lo visto, también operan a ras de tierra.

—Sí. Es posible que tengan alguna nave construida por ellas.

—Lo que resulta un prodigio es que esas naves no sean detectables.

—Han debido calcular muy bien todas las posibilidades de nuestros detectores aéreos y espaciales. Su nave es cónica y posee una campana radiactiva que difumina la onda térmica que despide a partir de un radio de media milla, por eso, con detectores de infrarrojos, tampoco las detectamos. Sin embargo, dentro de la nube de plástico

gaseoso, como la nave la traspasa, su onda térmica actúa como catalizador y no sirve de nada la campana radiactiva que las defiende de nuestros detectores infrarrojos. La pintura difusora hace el resto.

—Es aterrante cómo han podido avanzar esos cerebros biónicos.

—Sí, son pavorosamente evolutivos. Si van acumulando datos en su memoria, luego no hacen más que programar y dar resultados a los problemas que se les presentan. Lo que resulta paradójico es que la envoltura de tan diabólicas máquinas biónicas sea de una belleza tan espléndida.

—Es cierto —admitió Ava, mirando de reojo al hombre.

No supo por qué, pero sintió una punzada de celos cuando era absurdo sentirlos de una muñeca biónica creada por un sabio neurótico.

—Parece que oigo un ruido extraño —dijo de pronto Adam B. Zinnerman.

Instintivamente, Ava Dumella miró en derredor.

—Sí, oigo un silbido ligero. ¿Fallará el motor?

—El *sport* «H.C.» tiene dos motores alimentados por la pila nuclear, pero no es el vehículo. ¡Eh, mira allí, frente a nosotros!

—Parece una nave que viene por encima de la autopista.

—¡Por todos los diablos, conozco bien ese punto tras el que hay una nave cónica!

Puso los motores al máximo de su potencia y el *sport* «H.C.» se elevó casi diez pies en una maniobra arriesgadísima, pues era su techo máximo para conservar el colchón neumático sobre el que se deslizaba para avanzar.

Dio un brusco viraje de noventa grados, pasando por encima de otros vehículos cuyos conductores se quedaron lívidos de pánico al temer que se produjera una catástrofe múltiple en mitad de la autopista canadiense.

El *sport* «H.C», suicidamente, salió de la autopista para buscar el bosque de grandes abetos rojos. Se produjo un disparo que les habría alcanzado de lleno si no hubieran doblado por detrás de uno de aquellos grandes abetos que, inmediatamente, entró en ignición, partiéndose por su base y quedando convertido en una gigantesca

antorcha.

Ava Dumella se dijo que aquello era el fin. Deslizarse sobre el colchón de aire a aquella vertiginosa velocidad, sorteando los troncos de los grandes y erguidos abetos rojos, era como avanzar directamente hacia el patíbulo, como quitarle el seguro a la espoleta de una bomba nuclear de mano y comenzar a agitarla en espera de la explosión. Pero Adam B. Zinnerman le demostró su gran habilidad.

La nave de las robiónicas, pues no cabía duda de que era una de ellas la que les estaba persiguiendo, seguía buscándoles de forma metódica, que en un ser humano podría calificarse de rabia, una rabia que no sentían aquellas muñecas por carecer de sentimientos.

Varios grandes abetos más se incendiaron y el bosque comenzó a despedir grandes penachos de humo negro que se fueron aunando en un incendio que se propagaba de Oeste a Este.

El *sport* «H.C.» rozó la base de uno de los árboles y Zinnerman se vio obligado a reducir marcha.

—Vamos, hay que salir de aquí. Tienen localizado el *sport* y cuando dejen de protegernos los árboles, por más virajes que demos, nos desintegrarán.

El automático de emergencia abrió la carlinga. Salieron disparados de los asientos, rodeados de unos globos de gas que se habían hinchado en un decimoavo de segundo, evitándoles la dureza del golpe en la caída e impidiendo la rotura de huesos.

Apenas tres segundos más tarde después de quedar en tierra, los globos se deshincharon

Adam saltó hacia la joven y cogiéndola por el brazo, la introdujo hacia el interior del bosque.

La nave de las robiónicas, volando a lenta velocidad, se situó en un claro y disparó su cañón electromagnético de alta frecuencia.

El lujoso, confortable y rápido *sport* «H.C.» se convirtió en una bola de fuego blanco y cuando el color bajó de intensidad, apenas quedaron unos hierros retorcidos. El resto estaba desintegrado.

—Huyamos antes de que adviertan que nos hemos salvado.

Se filtraron entre los grandes abetos mientras el humo aumentaba de intensidad y les hacía toser, amenazándoles con la muerte por asfixia.

—¿Hacia dónde podemos ir? —preguntó Ava, cogida por la mano del hombre.

—La autopista está más al sur. Allí podríamos detener a alguien para que nos llevara.

—De allá viene el frente del incendio.

—Sí, y no sé qué dimensiones puede tener.

—Quizá sea insalvable. Tendríamos que ir más hacia el Norte, nos vamos a asfixiar.

Lo que decía la doctora era cierto. El humo se hacía cada vez más denso a la vez que ardiente y sentían la quemazón en lo más recóndito de sus pulmones.

Zinnerman trató de ventear la dirección del aire, pero no le fue posible ya que ahora era cambiante. De súbito, se volvió hacia el Norte y el fuego destructor comenzó a perseguirles.

—¡Corramos, o el fuego nos dará alcance!

Llegaron hasta un riachuelo al que apenas veían, tal era la densidad del humo. Ava cayó al agua y la corriente intentó arrastrarla, pero no lo consiguió, pues la mano nervuda del hombre la sujetó con fuerza.

—¡Adam, Adam!

La sacó empapada de agua y la empujó riachuelo arriba. Las llamas estaban tan cerca de ellos que lamían sus ropas.

De pronto, Adam descubrió una barca, casi tropezó con ella. Estaba medio oculta por unos arbustos y vuelta del revés.

—Aguarda, Ava. Aquí podemos encontrar la solución.

Con los ojos irritados, llorosos a causa del humo y el calor, Zinnerman puso la barca en posición correcta. La empujó hacia el agua y pidió a Ava que penetrara en ella.

—Si el riachuelo no se ve, vamos a zozobrar.

—Peor es quemarse y el riachuelo, como es estrecho, será rebasado por las llamas. El viento es demasiado fuerte.

Ava saltó sobre aquella barca, antiguo invento del hombre para sostenerse sobre las aguas, que se balanceó peligrosamente.

Adam la empujó con el remo doble que había encontrado hacia el centro de la corriente y después, avanzaron con rapidez, rozando en ocasiones peligrosas rocas que surcaban la madera de la barca, hiriéndola.

Parecía increíble cómo el fuego se había propagado con tal celeridad, pero la nave robiónica que ya se había alejado era la culpable del incendio tras provocar varios puntos de ignición en el bosque.

Zinnerman notó que las aguas habían dejado de ser rápidas. Sólo había humo en derredor. No se veían las orillas, pero debían de hallarse en algún remanso y dejó de remar. Ava, cerca de él, tosía.

Zinnerman se desnudó de torso para arriba e hizo girones su ropa, empapándola en agua.

—Respira a través de estos trapos mojados.

—¿Cuánto tiempo resistiremos aquí?

—No lo sé, pero ya estará dada la alarma de fuego en el bosque, junto a la autopista.

Ava se sentó cerca del hombre y se dejó sujetar por la cintura sin protestar ni rehuirle. Los segundos se transformaron en horas y las horas, en años. Por encima de sus cabezas escucharon ronquidos de potentes motores y Zinnerman observó:

—Serán los bomberos forestales en sus aeronaves cargadas de agua emulsionada con detergentes biodegradables y gases inertes para que, al desparramarse el agua sobre las zonas de fuego, se formen verdaderas montañas de espuma que impidan la continuación del incendio.

El humo se fue disipando en gran parte y ya pudieron quitarse los trapos empapados en agua que habían servido de filtrantes.

—Creo que ya hemos escapado al fuego. No tardarán en descubrirnos y nos rescatarán de aquí.

—Creí que no nos salvaríamos —suspiró ella mirándole con el mentón ligeramente alto.

Zinnerman contempló aquellos labios tan próximos a él y acercó su boca despacio a ellos. Ava no se echó hacia atrás y aceptó la caricia con un ligero temblor en las rodillas que no pudo evitar.

—Adam, no es correcto que…

—Vamos, Ava, que nos queda poco tiempo. En cualquier momento veremos aparecer a los bomberos forestales.

Ava se abrazó a su cuello y participó de lleno en la caricia.

Al disiparse la humareda vieron volar a los turbohelicópteros que batían el aire con sus palas de gas invisible, producto de la reacción de los motores.

—Eh, muchachos, ahí abajo está la pareja que buscamos —dijo el bombero piloto.

—Diablos, creo que en vez de rescatarlos vamos a estorbarles —se rió su compañero mientras la máquina volante descendía en vertical y con una suavidad digna del más fino de los elevadores.

CAPITULO VII

Al acudir a la llamada del general Rommel en el astropuerto del Belic-Mundi-Federal, Adam Zinnerman halló a Maclosky junto al militar. Ambos ofrecían un aspecto preocupado.

En el astropuerto había gran movimiento de hombres y máquinas. Desde el recinto exterior del astropuerto, nada se notaba, pero allí reinaba una auténtica alarma de guerra.

—¡General Rommel!

—Ah, ya ha llegado, mayor Zinnerman.

—Temíamos que hubieran muerto en el incendio de los bosques canadienses —le dijo Maclosky.

—Los bomberos actuaron con mucha rapidez —observó Zinnerman, recordando por un instante el rostro de Ava Dumella.

—Logró escapar por segunda vez al ataque de esas diabólicas muñecas robiónicas, ¿eh?

—Así es, señor Maclosky, espero que a la tercera no vaya la vencida. Por cierto, veo mucha acción en el astropuerto. ¿Hay noticias?

—Sí, Zinnerman, y muy malas —concretó el general Rommel.

—Esas extrañas criaturas han establecido un bloqueo total de nuestro planeta con sus naves y con sus disparos han destruido nuestros centros más importantes de telecomunicación astronáutica.

—Les ha sido muy fácil arrasarlos —dijo el general Rommel con un suspiro—. Como no estaban protegidos en absoluto contra posibles ataques extraños…

—No se lamenta, general. ¿Quién iba a pensar que seríamos atacados por unas extrañas criaturas que no son más que muñecas robiónicas?

—No las subestime, señor Maclosky, son diabólicas computadoras autosuficientes —puntualizó Zinnerman—. Por cierto, ¿no se sabe nada del viejo que construyó la primera de ellas ni de las

dos que se lo llevaron a él?,

Maclosky respondió con gesto negativo y pesimista.

—Es como si se los hubiera tragado la tierra. ¿Está seguro de que fueron dos de ellas quienes se lo llevaron?

—Sí. El viejo, que está loco, por lo visto se marchó muy contento con ellas.

—¿Está seguro de que Schneider es el inventor de esas diabólicas muñecas? —inquirió el general Rommel, mirando a Zinnerman a través de las lentillas oscuras que protegían sus ojos del sol.

—No me cabe ninguna duda. La fotografía que les envié a través del video-teléfono era la de su muñeca supuestamente desaparecida en un incendio y coincide exactamente con la robiónica que despanzurraron, y disculpen la expresión, dentro del quirófano.

—¿Cabe la posibilidad de que él llevara la muñeca a alguien que la reprodujo en forma industrial?

—No, general, estimo que no. Este punto lo hemos analizado la doctora Dumella y yo y hemos llegado a la conclusión de que se han reproducido a sí mismas.

—Pero, sus complicados cerebros biónicos, ¿cómo los han conseguido esas muñecas?

A la pregunta de Maclosky, Zinnerman respondió según lo que le había contado Ava Dumella.

—Son neuronas que se hallan en suspensión dentro de un plasma artificial en el que hay un polvillo metálico de aleación muy compleja que se está estudiando.

—Pero ¿son neuronas vivas?

—Según se escribió en los medios de información,

Schneider construyó la primera robiónica con neuronas vivas de delfín, pero hay algo más grave y más oscuro en todo esto.

—¿Qué es? —preguntaron casi al unísono el general Rommel y Maclosky.

—Pues, que la doctora Dumella teme que las neuronas de las robiónicas, es decir, de la que fue capturada, sean humanas.

—¿Humanas? —repitió Maclosky.

—Sí. La doctora Dumella sospecha que como esas neuronas debían programarse para lo que esas muñecas desean, las neuronas han de ser vírgenes. Por lo tanto, si se confirma que son neuronas humanas, la P.B. tendrá que investigar a fondo sobre todos los bebés muertos o desaparecidos en los últimos tiempos.

—Eso que está diciendo, es muy grave, mayor Zinnerman —advirtió Maclosky.

—Sí —admitió el general Rommel—. Si la noticia trasciende a la opinión pública, el pánico será absoluto, una histeria colectiva. Lo malo es que nos pedirán que actuemos y seguimos sin poder detectarlas.

—Nuestro ojo las capta, general Rommel.

—Es cierto, pero nuestro ojo es demasiado lento y su alcance es limitado. Si ellas navegan por la ionosfera, no podemos descubrirlas y en todo el día de ayer fueron destruidas sesenta y tres naves.

—¿Cómo ha dicho, sesenta y tres? —repitió Zinnerman muy preocupado.

—Sí. Han atacado dos convoyes y luego, naves sueltas y una escuadrilla que salió a buscarlas sin éxito, claro. La única derrota que han sufrido se la deben a usted, mayor Zinnerman.

—Pues hay que conseguir más.

—Como no vea a ese amigo al que llama un «chalado», Okono Tanaka, que ha llegado de Marte a la Luna.

El general objetó:

—Y no podemos pedirle que venga aquí, ya que no hay ninguna nave que consiga atravesar el bloqueo que ellas han establecido alrededor de nuestro planeta. Todos los satélites repetidores de teletrivisión y videoteléfono han sido destruidos.

—¿No habría forma de comunicarse con la Luna?

—No, mayor Zinnerman, actualmente no la hay. Suponemos que en la Luna se habrá creado un estado de histeria colectiva.

—Pues la única arma eficaz, mientras sus equipos de investigación no inventen otras mejores, es esa nube de plástico

gaseoso solidificable, y esa fórmula sólo la tiene Okono Tanaka.

—Si se la hubiera dado a usted con anterioridad —dijo Maclosky.

—No confiábamos demasiado en ella, ni él ni yo, es la pura verdad, pero ahora hay que conseguirla. ¿Qué les parece si voy a la Luna en busca de Okono Tanaka?

—¿Cruzar el bloqueo de las robiónicas, está loco? Lo desintegrarían —espetó el general Rommel entre dientes y con gran preocupación.

—¿Qué les parece si despegáramos unas cuarenta o cincuenta naves de U.P.I.-1.001 al mismo tiempo, como si nos dispusiéramos a llevar a cabo una operación de castigo?

Maclosky se apresuró a responder.

—Si esas muñecas diabólicas son tan efectivas como parecen, recibiríamos un severo castigo entre nuestros pilotos astronáuticos. ¿Cuántos cree que se salvarían, general?

—Pocos, si no regresaban a tiempo, claro que si atacan de súbito, el factor sorpresa puede influir en la batalla. Es posible que si ópticamente son descubiertas, algunas de las naves robiónicas puedan ser destruidas, pues no son insensibles a nuestros disparos convencionales con minibombas nucleares.

—Podría intentarse esta batalla del espacio, aunque sé que caerían algunos de los mejores hombres. Yo podría aprovechar la confusión para cruzar el bloqueo y dirigirme a la Luna.

—La idea puede costar mucha sangre, pero no es mala —admitió Maclosky—. ¿Qué le parece, general?

—Sí, pero ¿y el regreso?

—Es una partida en la que nos jugamos mucho, ¿no? Pues hay que arriesgar mucho también. Podemos establecer un punto determinado en la ionosfera y a una hora señalada, yo, si nada lo impide, trataré de estar en el espacio. Si en ese momento coincido con una batalla entre naves robiónicas y de las nuestras, podré filtrarme y llegar hasta aquí con Okono Tanaka, para proceder de inmediato a trabajar sobre la nube gaseosa de plástico solidificable. Sé que tengo pocas posibilidades de éxito, pero si no lo intentamos, tendremos muchas menos y al mismo tiempo, se podrá probar que tal funcione un ataque coordinado de nuestras flotillas de U.P.I-1.001 contra las

naves de esas diabólicas muñecas. Tenemos desventaja. Los pilotos sólo podrán confiar en sus ojos, pero una superioridad numérica puede darles alguna ventaja y si cae alguna que otra nave robiónica puede hacer mella en su programación de bloqueo.

—¿Qué le parece la propuesta del mayor Zinnerman, general Rommel?

—¿Qué me ha de parecer? Por algo le hicimos mayor, ¿no?, pese a sus quebrantamientos de las normas.

Maclosky se volvió hacia Zinnerman y dijo:

—Ya lo sabe. Intentaré burlar el bloqueo e ir a la Luna en busca de Okono Tanaka. Costará mucha sangre, pero hay que conseguir esa fórmula. ¿No es cierto, general?

—Sí. Yo personalmente coordinaré el ataque masivo de las flotillas U.P.I.-1.001 para que se inicie en cuanto el primero de nuestros pilotos divise a una de esas malditas naves.

—Pues, será mejor que convoque reunión de pilotos astronáuticos para hablarles de cuál es el plan trazado —sugirió Zinnerman mientras buscaba en sus bolsillos un cigarrillo que llevarse a los labios.

CAPITULO VIII

Se habían dejado de lado a las programadoras. Se tenía la sospecha de que en alguna forma, las diabólicas muñecas robiónicas obtenían información de los centros de programación. Habían descubierto con mucha anticipación la marcha de los convoyes astronáuticos y, al parecer, identificaban incluso hasta a los pilotos que derribaban, quizá para llevar su propio control.

Luchar contra aquellas muñecas resultaba tan difícil que sólo una gran fe y optimismo hacía que los hombres siguieran adelante para salvar al ser humano de sucumbir bajo el dominio de lo creado por ellos mismos, algo que en principio había sido construido como un juguete, como una diversión, y ahora era el peor de los peligros que en época alguna se había cernido sobre la Humanidad.

Todas las naves U.P.I.-1.001 que iban a participar en la operación camuflaje habían sido llenadas a tope con municiones ofensivas de tipo convencional y se habían dejado a un lado los cañones láser que se sabía ya de forma cierta que nada podían contra

las naves robiónicas, que lo reverberaban como el más pulimentado de los espejos.

Estaban dispuestas las bombas nucleares de pequeña potencia que destruían por una combinación de ondas expansiva y térmica, pero había que confiar en el ojo humano y aquello resultaba de una gran preocupación.

Todos los pilotos habían pasado por la enfermería donde se les había inyectado un preparado en el que predominaba la vitamina A para aumentar su capacidad de visión.

Cuando estuvieran en atmósfera diurna, tenían que colocarse lentillas oscuras, pero el lugar de lucha elegido por las naves de las muñecas robiónicas tenía escasa luz, ya que la gran masa atmosférica difusora de la luz solar que recibía directamente, quedaba por debajo de la zona de combate.

Al mayor Adam B. Zinnerman le hubiera gustado entrevistarse con Ava Dumella, la inteligente doctora que, por si fuera poco, poseía una belleza elocuente y nada fría como aquellas muñecas de cerebro biónico y cuerpo de látex, que si bien imitaban a la perfección el cuerpo humano, tras aquella gruesa piel se escondían los circuitos electrónicos y una pila nuclear como corazón, no más grande que el puño de un hombre.

Sí, le hubiera gustado hablar con la doctora, cuyos ojos recordaba muy bien, pero no era posible.

Todo se había llevado adelante con rapidez. Las flotillas de naves astronáuticas U.P.I.-1.001 especiales se hallaban listas, a tope de su poder ofensivo y ocupadas por los pilotos con las mandíbulas contraídas, endurecidas por un rictus de gravedad.

Pocos eran los que confiaban en regresar, pero había que intentar el ataque contra las muñecas robiónicas.

Cuando se cerró la carlinga de su nave de combate, Zinnerman cerró los ojos, notando incluso con los párpados aquellas lentillas oscuras.

Rememoró en su mente el rostro de Ava. ¿Cómo diablos le gustaba tanto? No se lo explicaba. Había conocido a muchas mujeres en su vida. Era un hombre famoso por sus éxitos interplanetarios.

Muchos chicos y no tan chicos lo habían tomado casi como un ídolo y las mujeres se le habían dado fáciles, pero si bien había ido de

flor en flor, no regateando las libaciones, ante los ojos oscuros y profundos de Ava se sentía distinto.

Tuvo que dejar de pensar. Desde el centro de control bajo tierra le enviaron la señal: Todos estaban listos para el despegue.

Un piloto verde se encendía intermitentemente. El, a su vez, pulsó una tecla azul. Aquello era la señal. En las otras naves de la flotilla se encendería un piloto azul.

Los mensajes orales quedarían limitados al mínimo necesario según la orden en el plan trazado para que las muñecas robiónicas no captaran los mensajes y pudieran computarlos, organizando de esta forma su propio contraataque.

La nave del mayor Adam B. Zinnerman se movió, comenzando a adquirir velocidad sobre la larga y pronunciada rampa de despegue.

Tras él siguieron las formaciones de naves de combate. Primero tres, luego seis. El resto iba en formación de seis y así, en columna compacta, abandonaron la Tierra a velocidad decasónica mientras permanecieran dentro de la atmósfera del planeta.

Luego, ya en el espacio, aquellas naves podían autopropulsarse con una fuerza que para otra resultaría destructora, brutal, alcanzando vertiginosas velocidades para navegar por el espacio.

Zinnerman confiaba en autopropulsarse con el máximo de potencia de sus motores para escapar de la atracción terrestre en medio del combate y así dirigirse a la Luna.

Sabía que podía ser elegido como blanco de una de las naves de las muñecas robiónicas y, si le aniquilaban, Okono Tanaka continuaría en la Luna.

Cruzaron la atmósfera, luego la estratosfera y pasaron a la ionosfera como si se dispusieran a tomar una órbita terrestre. Mas la formación compacta de naves se quedó en la ionosfera, moviéndose con una sorprendente agilidad.

El mayor Zinnerman era como la cabeza de aquella gruesa, potente, veloz y serpenteante formación de naves ultra-interplanetaria, capaces de moverse con gran maniobrabilidad dentro de cualquier atmósfera.

Zinnerman iba cambiando la dirección. Derecha, izquierda, luego unos grados más y parecía retroceder. Las naves de los demás pilotos de combate le seguían sin salirse lo más mínimo de la

formación.

—Por todos los demonios, ¿cuándo aparecerán las malditas muñecas?

El mayor Zinnerman quiso buscar un cigarrillo. Aquello contravenía el reglamento, lo sabia, pero de pronto vio algo. Era una mota de polvo.

Se quitó las lentillas que ya no necesitaba. Su capacidad de visión, estimulada por el fármaco que le habían inyectado, estaba al máximo. Los demás pilotos de combate estarían haciendo lo mismo. Tenía que enviarles una señal para advertirles de que ya tenían al enemigo delante.

La señal que emitió también la captaría el general Rommel, que una vez entraran en combate establecería la formación envolvente para tratar de destruir las naves de las robiónicas.

El mayor Zinnerman colocó en posición correcta el arcaico goniómetro óptico, un aparato en desuso desde hacía más de un siglo.

Centró aquella mota que se iba agrandando y que sólo él podía identificar como una nave enemiga por haber sido el único, hombre que la había visto y que seguía vivo. Los demás habían muerto.

Abrió el sistema de comunicación oral. Era una de las pocas circunstancias en que lo iba a utilizar, según lo acordado.

—Atención, muchachos, os habla el mayor Zinnerman. Tenemos una nave enemiga frente a nosotros. Voy a intentar lo imposible; suerte, corto.

Tras decir aquellas palabras que estaba seguro también habrían captado las bellas pero diabólicas muñecas, pulsó por tres veces consecutivas el botón de disparo de los cañones cargados con miniproyectiles nucleares.

Zum, zum, zum...

Uno, dos y tres proyectiles consecutivos, lanzados a velocidad centasónica.

De pronto, a través del objetivo óptico del geniómetro, pudo ver que la ionosfera se iluminaba con una luz cegadora.

La nave enemiga, que demasiado segura de sí misma, de su poder, había querido avanzar más antes de disparar sus armas de

ultra-electro-shock, fue desintegrada.

Zinnerman sintió una profunda satisfacción ante aquel éxito. Aquello daría moral a los demás pilotos que deberían estar gritando de contento.

Adam Zinnerman había explicado cómo se podían localizar las naves si se les acercaban. La simple y aparente mota de polvo podía ser una nave vista a gran distancia.

Aquel demente llamado Herbert Schneider las había dotado con un cerebro demasiado perfecto utilizando neuronas de delfín y luego ellas quién sabía cuántos cerebros infantiles habían utilizado para producir sus cerebros biónicos autosuficientes.

El general Rommel envió la clave de unos guarismos que correspondían a las formaciones que debían de tomarse. El primer impacto recibido por las robiónicas las obligaría a reorganizarse.

De pronto, Zinnerman, apartándose de la formación, dio el máximo impulso a sus motores y escapó de la ionosfera protegido por la masa de naves que componían las diversas flotillas. Sería difícil que le localizaran en aquellas circunstancias.

Escapó totalmente a la gravedad del planeta y detuvo los motores para dejarse llevar por la velocidad obtenida gracias al impulso.

A través del televisor observó la Tierra que se hacía cada vez más pequeña y, de súbito, contempló algo desagradable: En la pantalla comenzaron a aparecer masas ígneas. Eran naves que se destruían. La batalla del espacio estaba en su apogeo.

El mayor Zinnerman ya nada podía hacer. Había destruido a la primera de las naves robiónicas y ahora viajaba rumbo a la Luna en busca de Okono Tanaka, un hombre que formaba parte de aquel ejército de sabios medio locos capaces de inventar los artilugios más inverosímiles y sorprendentes, que lo mismo podían resultar bien que mal, como la casi satánica invención de Herbert Schneider con su muñeca robiónica.

CAPITULO IX

Con mucha gravedad, la doctora Ava Dumella tomó asiento en la anatómica butaca frente a la amplia y aséptica mesa escritorio del general Rommel. Junto a éste, de pie cerca de la ventana, se hallaba Maclosky. Su gesto también era de honda preocupación.

—¿Qué saben del mayor Zinnerman?

—Consiguió su propósito de marchar hacia la Luna —respondió lacónico el general.

—Ha sido la batalla más cruenta que ha habido en el último siglo.

—Sí, ciertamente lo ha sido —admitió el general Rommel—. No comprendo como ha podido ocurrir, pero esas muñecas tienen unas naves más perfeccionadas que las nuestras y resulta paradójico, habiendo sido un hombre quien las ha inventado.

—Quizá es que el cerebro biónico de esas extrañas criaturas evolucionan más rápidamente que el nuestro —opinó Maclosky.

—Pues yo tengo que notificarles algo muy grave respecto a ellas —manifestó Ava.

—¿Se refiere a sus cerebros biónicos? —preguntó Maclosky.

—Sí.

—¿Ha confirmado que las neuronas son humanas? —preguntó el general a boca de jarro.

—¿Lo saben ya?

—Faltaba su confirmación, doctora Dumella —explicó Maclosky —. La P. B., en colaboración con las policías de todo el mundo, ha constatado la desaparición inexplicable de ciento quince niños.

—Lo que nos da una idea aproximada de cuántas deben de ser ellas —observó el general Rommel cruzando sus manos sobre la mesa y mirando a la doctora a través de sus lentillas oscuras.

—Es horroroso y si han empleado niños seguirán utilizándolos para reproducirse. Ellas nacen en un laboratorio bioelectrónico y para

que vivan deben de morir niños.

—Y luego, cuando dominen la Tierra, Dios sabe lo que harán. Son máquinas carentes de piedad —observó Maclosky.

—No son muchas, nuestras fuerzas podrán vencerlas, ¿no creen?

El general Rommel la miró pesimista.

—No será tan fácil. En el ataque de cobertura de fuga del mayor Zinnerman fueron abatidas casi doscientas naves U.P.I.-1.001 y, por contra, de cuatro naves enemigas, sólo dos sucumbieron.

—¿Sólo dos?

—Sí. No hemos podido decírselo a los supervivientes, sería el pánico general. Es un suicidio volar. Una nave fue abatida por varios disparos cruzados y, realmente, sólo una de ellas fue desintegrada limpiamente. Ese disparo lo hizo el mayor Zinnerman.

—Sí —asintió Maclosky—, sólo tenemos a un hombre capaz de enfrentárseles, pero es posible que en la próxima ocasión no tenga tanta suerte. De momento, sólo ha conseguido que sean más precavidas y que disparen desde distancias superiores para no dejarse localizar.

—Me temo que terminarán por ganar la guerra total. Ignoro cuándo arribará el día en que nos exijan la rendición total, quizá esperen reproducirse más.

—Tendríamos que propagar la noticia de lo ocurrido para que se mantenga una protección total de los niños para evitar su rapto.

—Evitando la muerte de los niños también impedimos su reproducción, aunque ignoro por cuanto tiempo.

—Maclosky tiene razón, será por poco tiempo. Son capaces de destruir naves muy bien dotadas. ¿Qué será cuando comiencen a arrasar ciudades? Será la más grande y criminal matanza de la historia.

—Es posible que Zinnerman no regrese jamás.

—¿Cómo ha dicho, señor Maclosky? —inquirió la doctora, muy preocupada.

—Tiene que recoger a Okono Tanaka en la Luna y volver. Para cubrir su reentrada en la Tierra habíamos trazado un plan, pero no

podrá llevarse a cabo.

—¿Es cierto eso, general Rommel?

—Me temo que sí —admitió, rehuyendo la mirada angustiada de la mujer.

—¿Por qué? El ha sido el único capaz de derribar a dos naves de muñecas robiónicas.

—Sí, pero llevar adelante el plan que habíamos trazado puede significar la muerte de más de cien pilotos especiales y yo, en conciencia, no puedo llevarlos al patíbulo celeste.

—Dios mío, Dios mío, así que cuando regrese nada le cubrirá y será abatido...

—Si hubiera alguna forma de protegerle, no dude que la llevaríamos adelante, doctora.

—Aguarden, aguarden, se me acaba de ocurrir algo —dijo de pronto el general Rommel con expresión feliz y mirada ausente, como si estuviera rebuscando en el interior de su cerebro.

—¿Qué es lo que se le ha ocurrido, general? —inquirió Ava con apremio.

—Una idea, sí, una idea. El mayor Zinnerman no nos puede fallar. El tiene que seguir el plan trazado con precisión de laboratorio, en caso contrario será destruido.

—Pues adviértanselo —pidió la joven.

—No podemos, ellas también escuchan. Hay que confiar en la veteranía y experiencia del mayor Zinnerman.

—General, no olvide que el mayor Zinnerman es un tanto rebelde a seguir las órdenes al pie de la letra. ¿Ha olvidado el cigarrillo fumado dentro de la carlinga de su nave, enrareciendo el ambiente?

—Confiemos que no cometa ninguna chiquillada. En esta ocasión, llevará un pasajero en su nave si todo ha ido bien.

—Pero, general, ¿puede explicarme cuál es su idea? —insistió la bella doctora.

—No. Váyase tranquila, que trataremos de proteger su reentrada en la Tierra. Esperemos que Dios nos ayude y Zinnerman, con su

buena estrella, logre una vez más salir adelante.

—Si lo consigue, tendrá que ir pensando en otro ascenso, general. En medio del aire pesimista que se respira, sólo hay un nombre que va de boca en boca entre los miembros del Comité Mundi-Federal, y es el del mayor Zinnerman. Cuando demos a la opinión pública todos los datos de lo sucedido hasta ahora, el mayor Zinnerman se va a convertir en héroe mundial.

—Pues se le ascenderá —aceptó el general Rommel, añadiendo en voz más baja, casi para sí mismo—: Esperemos que no sea a título póstumo.

Ava abandonó el astródromo del Belic-Mundi-Federal con esperanza, deseaba tener esperanza. Tenía que confiar en la astucia y estrategia del general Rommel. Si él fracasaba, Zinnerman no podría cruzar la ionosfera y la estratosfera para llegar a la Tierra con el inventor de la nube de plástico gaseoso solidificable instantáneamente.

Tomó su vehículo. Al ponerlo en marcha, recordó el *sport* «H.C.» amarillo de Adam que había sido destruido por el ataque de una de aquellas diabólicas muñecas.

¿Se había enamorado de Adam Zinnerman? Eso mismo se había preguntado aquella mañana al salir de la bañera en el *cottage* que habitaba y, como respuesta, se había mirado a sí misma en el triple y gran espejo del cuarto de baño, contemplando su figura.

Aquella atenta observación de su propia anatomía no tenía otra finalidad que la de preguntarse si él podía enamorarse de ella, si el beso y las caricias recibidas en las aguas del Canadá no habían sido un simple capricho momentáneo.

Regresaba a su casa. Quería descansar, llevaba horas continuadas y agotadoras de investigación en el centro.

Su *cottage* se ubicaba en un conjunto residencial dormitorio, en un paraje donde la naturaleza se cuidaba al máximo para sosegar el psiquismo de quienes habían elegido aquel lugar para edificar sus villas.

Fue a abrir la puerta y le sorprendió hallarla abierta. Quedó perpleja unos instantes y pensó: «Habrán sido los de la limpieza.»

Entró en la casa y dejó el portafolios sobre una butaca, cuando encima de una alfombra descubrió algo extraño, inesperado para ella.

Se trataba de un cilindro plástico de un metro ochenta de largo con un diámetro de unos cuarenta y cinco centímetros con dos asas en sendas bases.

De pronto, escuchó un ruido tras de sí.

Al volverse, descubrió lo más inesperado y temido en aquellos momentos: dos muñecas robiónicas la observaban con sus ojos claros, flotando en sus labios aquella media sonrisa fría y perenne.

Era muy fácil confundirlas con mujeres de verdad, pero nadie mejor que la doctora Ava Dumella sabía que eran seres artificiales, incapaces de sentimiento alguno.

—¿Qué queréis? —musitó.

—Estese quieta, doctora Dumella, no queremos dañarla.

Ava vio como se le acercaban y comenzó a retroceder, pero terminó con la espalda apoyada en una estantería que le impidió recular más.

Las dos muñecas robiónicas se le acercaban seguras y cautelosas a la vez, impidiéndole toda posibilidad de marcha.

—¡Atrás, atrás! —exigió tomando un jarrón por el cuello.

La atacaron y Ava consiguió romper el jarrón en la cabeza de una de ellas, mas no pareció causarle el menor daño. El cerebro biónico de aquellas muñecas autosuficientes y pensantes estaba protegido por un cráneo de acero plástico.

Las manos de las muñecas la sujetaron como verdaderas tenazas, inmovilizándola por completo. Entonces comprendió que la fuerza de una de aquellas muñecas era muy superior a la de cualquier hombre pese a su aspecto delicado.

Sus tendones eran del mejor cable de acero y bajo la capa de látex que les daba el aspecto morfológico que ofrecían a la vista de los humanos, había las piezas más perfectas de los mejores aceros aleados.

Ava intentó gritar, pero le pulverizaron el rostro, aturdiéndola con el narcótico. Pero después, se desmayaba y aquellas criaturas artificiales la llevaron con gran facilidad junto a la cápsula cilíndrica.

La abrieron por una de sus bases e introdujeron a Ava Dumella en su interior. Luego, cerraron y cogiéndola por las respectivas asas

como si careciera de peso para ellas, abandonaron el *cottage.*

Algo más lejos había un vehículo negro aparcado. La cápsula en la que yacía Ava Dumella fue cargada en el portaequipajes y, segundos más tarde, el vehículo se ponía en marcha, alejándose del lugar.

CAPITULO X

—Lo siento, Zinnerman, pero aquí no he podido obtener los elementos necesarios para fabricar el líquido que, al ser expulsado en la atmósfera ozónica, debe de convenirse en nube gaseoso-plástica. Por cierto, también sucedería lo mismo en atmósfera de oxígeno.

—Magnífico —respondió Adam B. Zinnerman.

Okono Tanaka era un hombre pequeño de estatura, muy delgado, japonés de raza. Cara redonda y una fuerte y ostensible dentadura con la que parecía sonreír constantemente.

Sus ojos pequeños se parapetaban tras unas primitivas y arcaicas gafas de enorme concha y gruesos cristales, fabricados y pulimentados por él mismo.

Destacaba como uno de los pocos seres humanos que portaban gafas cuando todo el mundo usaba lentillas, brillantemente perfeccionadas. Pero aquel pequeño japonés de gran cabeza prefería usar lo que él mismo inventaba, aunque no encajara en los estilos y la ortodoxia general.

Era hombre que vivía de espaldas totalmente a la opinión del prójimo y sólo había que verlo para constatarlo.

—No te preocupes, Okono, en la Tierra tendrás todo lo que te haga falta. Lo importante es que tu invento dio resultado, aunque lo malo de esas naves es detectarlas.

—Pues a mí me baila una idea en la cabeza.

—¿Qué idea?

—Tengo que probarla primero, ya sabes que no me gusta hablar de mis inventos hasta que toman cuerpo.

—Mayor Zinnerman, mayor —dijo un oficial de la base colonial lunar, entrando en la salita.

—¿Qué sucede?

—Afuera hay muchos colonos mineros que desean noticias. No estaría de más que les dijera algunas palabras. Están al borde del

pánico, aunque su llegada les ha hecho concebir esperanzas.

—Está bien, les hablaré, pero que tengan paciencia. En estos momentos existen dificultades para llegar a la Tierra, mas pronto romperemos el bloqueo totalmente. Ya han sido derribadas varias naves enemigas.

—Pero ¿quiénes son? —preguntó el oficial de la base lunar.

—Muñecas artificiales.

—¿Muñecas artificiales? —repitió incrédulo.

—Sí, son robiónicas. Bueno, es un poco difícil de explicar; ya lo haré con más detalle en la sala.

—Pues yo no me lo perderé y grabaremos en video su explicación para pasarla por el resto de las colonias lunares. Así tranquilizaremos a todo el mundo.

Zinnerman comprendió que se vería obligado a ser político en su charla, un político ofreciendo promesas optimistas de las que ni él mismo estaba seguro.

—Es muy interesante eso de las muñecas robiónicas —dijo Okono Tanaka.

—Extraño e interesante, pero diabólico también. Han sido capaces de reproducirse a sí mismas.

—Me gustaría tener a una de esas muñecas robiónicas cuando la capturéis.

—Ni pensarlo, ya me encontré a otro sabio como tú.

—¿Dónde?

—En el manicomio.

—¿Es una puya?

—Oh, no. El es el inventor de las muñecas.

—Será fantástico hablar con él.

—Me temo que eso será difícil. Sus criaturas se lo llevaron.

—¿Y para qué?

—No lo sé, y me gustaría averiguarlo. A lo mejor es que tienen

un punto vulnerable y no lo hemos averiguado todavía, o quizá se trate de otra cosa. En fin, no podemos perder tiempo. Tenemos unas coordenadas y hora fijada para nuestra llegada a la Tierra. Fallar en el encuentro puede significar nuestra muerte.

—Tú no fallarás, Zinnerman. Eres el mejor de los pilotos y me ha dado una alegría verte convertido en mayor.

—Mientras no me veas convertido pronto en desintegrado… Anda, ve a mi nave y que te den un traje espacial. Mi carlinga es reducida, no apta para pasajeros. Tendrán que darte oxígeno y dentro de la cabina te estarás quietecito durante todo el viaje.

Adam B. Zinnerman, tal como le habían pedido y él se había propuesto, dio la charla sobre las muñecas robiónicas. Después de todo, estaban interrumpidas las comunicaciones entre la Luna y la Tierra y no podría propagarse el pánico a través del espacio con facilidad.

Okono Tanaka aguardaba a Zinnerman dentro de la carlinga de la nave U.P.I.-1.001.

La carlinga no era grande, pero sí suficiente para los dos mientras el pasajero de emergencia no se moviera en demasía.

Aquella nave no era una nave de transporte, sino de combate. Por su ambivalencia de maniobra, tanto en atmósfera como en ausencia de ella y con velocidad limitada, podía avanzar incluso bajo las aguas, hasta una profundidad de doscientos metros. Tenía forma aerodinámica y en poco se parecía a los grandes transportes interplanetarios que para nada habían de rozar la atmósfera de ninguno de los planetas.

—¿Qué tal, Zinnerman, llegaremos a la Tierra?

—Llegar hasta su ionosfera, sí, pero…

El japonés sonrió, mostrando sus grandes, fuertes y bien alineados dientes.

—Saldremos adelante, tengo que ver a una de esas muñecas. Me da perra envidia por ese científico que fue capaz de crearlas. Yo creí que los robots biónicos no se podían construir.

—Fueron prohibidos hace algunos lustros. Se optó por robots electrónicos y no biónicos, dirigidos por alguna computadora. Sin embargo, ese hombre, Herbert Schneider… —suspiró—. En fin —se encasquetó el casco—. ¿Listos?

—Cuando quieras, Zinnerman.

—Recibiremos orden de salida. Los que se quedan aquí confían mucho en nosotros.

—Es mejor que se queden con esperanza. Ya se han cometido muchos desmanes y algunos campamentos mineros han sido abandonados. Incluso, ha habido brotes de resurgimiento de las religiones más arcaicas. A la hora de la verdad, todos temen al fin del mundo.

—Aunque ganaran la guerra esas diabólicas muñecas, no sería el fin del mundo. Los supervivientes se convertirían en esclavos de ellas.

—¿Y te parece poco?

—No, no me parece poco. Los humanos recién nacidos serían convertidos en proveedores de neuronas, nos criarían como ganado, poco más o menos.

—Pues no permitiremos que eso suceda. ¿Y dices que además son bellas?

—Violentamente hermosas, aunque miradas de cerca resultan algo frías.

—Pues si se añade una resistencia a la pila atómica que las mueve, hasta pueden resultar apasionadas.

—Vamos, vamos, Okono, no te conocía en ese aspecto.

—Es que uno no es de piedra, aunque sea así de feo.

—Si todo sale bien, te prometo influir para que en los medios de información salgas como el sabio que salvó a la Humanidad.

—Oye, eso no estaría mal.

—Sí, seguro que encontrarías a unas cuantas chicas ardientes dispuestas a adorarte.

—Pues, adelante. Me estoy dando cuenta de que vivo muy solitario, soportando a tipos excéntricos como tú.

—¿De modo que crees que yo soy el excéntrico?

—Ah, pues ¿quién si no?

Adam Zinnerman cerró los párpados, sonrió y puso los motores

en marcha.

Se encendieron las luces que le daban la salida del astródromo de la capital de las colonias lunares. Allí había detenidas muchas otras naves que orbitaban la Luna en espera de la apertura del bloqueo terrestre.

Sólo una nave, la pilotada por Adam B. Zinnerman, pondría proa a la Tierra.

La U.P.I.-1.001 se puso en marcha. Aceleró y consiguió la suficiente velocidad para despegar de la Luna. Se elevó sobre el satélite, entró en órbita y tras dar una vuelta a la Luna, se autopropulsó al máximo de la potencia de los motores, abandonando la órbita del satélite para dirigirse a la madre Tierra.

El viaje no era largo; sólo unas horas y se hallarían en la ionosfera terrestre, tal como tenía planeado. Ni siquiera entraría en órbita terrestre. Sometiéndose al máximo de rozamiento con la atmósfera, penetraría en ella en un ángulo obtuso y se hundiría en la estratosfera en breves segundos.

—¿Nos estarán esperando?

—¿A quién te refieres, Okono?

—A esas muñecas guerreras del espacio.

—Supongo que sí. Tienen unos sistemas de detección y a la vez de camuflaje de lo más perfecto. Nuestros investigadores están tratando de emularlas, pero juegan contra el tiempo y la ventaja es de ellas.

—Es paradójico que unos seres inventados por el hombre tengan mayor capacidad de evolución que el propio hombre.

—Así es, Okono, una paradoja muy trágica por lo que a nosotros concierne.

—¿Qué harás cuando nos ataquen? Ahora no llevas en tus tanques el líquido para formar la nube de plástico gaseoso solidificable.

—El general Rommel me prometió una batalla en la ionosfera, y en medio de esa batalla debemos de filtrarnos nosotros.

—Entiendo. Habrá que aprovechar el barullo para colarnos.

—Eso es, pero no te garantizo que tengamos toda la suerte de nuestra parte.

—Pues tendrás que lucirte, y no lo digo por mi pellejo. Al parecer, a los jefazos les interesa mi invento y posiblemente también les interesará el que ya estoy barruntando.

—Háblame de él.

—A lo peor te lo cuento y me envías a la porra.

—Vamos, Okono, tú sabes que tengo confianza en ti.

—Sí —dijo vacilante—, pero como son muchos los que me llaman chalado.

—Ahora será refrendada oficialmente tu inteligencia. ¿Te parece poco?

Okono Tanaka ya no le hacía caso. Había sacado un rotulador y un bloc y comenzaba a trazar dibujos y guarismos. Zinnerman le dio una ojeada y le dejó estar con sus ideas.

Las millas iban siendo devoradas por la veloz nave de combate, con sus cañones a punto de disparo.

Zinnerman observaba la hora y confirmaba la ruta. Tenía que coincidir en un punto a una hora determinada y no podía fallar en un máximo o mínimo de cinco segundos. Ese era el plan.

Cuando ya se acercaban a la ionosfera terrestre, cuando el globo terráqueo aparecía grande y azul frente a ellos, Okono Tanaka ya había emborronado la mitad de su bloc con esquemas de sus ideas.

Zinnerman le vio bien sujeto por los atalajes de seguridad y prefirió no advertirle de nada. Que siguiera absorto en sus apuntes, así, si llegaba el momento de la desintegración no se enteraría de nada.

El teledetector óptico estaba al máximo de su potencia. Era difícil descubrir algo contra la masa de la Tierra, difuminada en muchas ocasiones por las grandes zonas de nubes de kilómetros de espesor.

Sin embargo, de pronto vio un punto, como una mota de polvo. Frunció el ceño. Sabía bien qué significaba aquello.

«¿Dónde diablos estarán las naves del general Rommel?», se

preguntó ansioso, viendo que de un instante a otro entraría en la ionosfera y sería atacado irremediablemente por las naves robiónicas que establecían el bloqueo.

Movió el teledetector óptico y descubrió otra nave enemiga. La situación se agravaba y en pocos instantes tendría que decidirse a penetrar en la atmósfera o quedarse orbitando la Tierra, y en la órbita sería fácilmente alcanzable por los disparos de las naves robiónicas.

Otro piloto, en su lugar, habría comenzado a sudar viendo a la muerte de cara.

—Esto va estupendo, creo que lo conseguiré. Se van a sorprender tanto como si hubieran encontrado un diplodocus en la Luna.

—Que Dios te oiga, Okono, que Dios te oiga —dijo entre dientes, sin hacerle partícipe de sus temores.

De pronto, sus baremos de detección captaron algo, algo que había sido disparado desde la Tierra.

Quedó perplejo. Aquello no parecían naves y su velocidad era superior a la que él llevaba.

—Dios mío, son misiles. ¿Qué se propone el general Rommel?

—¿Qué pasa, Zinnerman? —le preguntó Okono Tanaka.

—Nada, tú sigue garabateando —gruñó.

Cuatro misiles, formando los vértices de un cuadrado, ascendían hacia la ionosfera como si trataran de colocar en órbita pequeños satélites.

De súbito, el cielo se iluminó cegadoramente.

La U.P.I.-1.001 fue zarandeada brutalmente, sacudida de un lado a otro y de abajo arriba.

El mayor Zinnerman, aturdido, creyó que había perdido el control de su nave, cuyo casco comenzó a calentarse.

Okono Tanaka sudaba a chorros dentro de su traje espacial. Quiso mirar a Zinnerman, pero se le había enturbiado el cristal del casco protector.

—Eh, Zinnerman, así no puedo escribir. A ver si conectas el refrigerador, me estoy asando vivo.

—La madre que los p..., han lanzado cuatro pepinos nucleares de los gordos.

—¿Quéee?

—Creo que ya comprendo lo que el general se propone y allá vamos.

—¿Cómo dices?

Zinnerman no le respondió y se metió en picado dentro de la atmósfera terrestre.

Su nave se puso incandescente por su parte externa mientras en el interior subía la temperatura, habiendo rebasado ampliamente la zona roja de peligro.

Las naves de las robiónicas no se podían ver en medio de aquel infierno nuclear.

Posiblemente habrían quedado desintegradas, cazadas por las explosiones simultáneas.

Por lo visto, el general Rommel había calculado exactamente los disparos de los grandes misiles nucleares, porque Zinnerman, con su nave, había quedado en el centro del cuadrilátero que se había formado en el firmamento.

Las ondas expansivas y térmicas habían chocado unas contra otras, estableciendo en el centro del cuadro de explosiones una compensación de fuerzas como podía ocurrir en el ojo de un huracán.

Poco más tarde, la nave penetraba en las aguas del Michigan Lake, creando una nube de vapor de agua, ya que la nave estaba prácticamente ardiendo.

CAPITULO XI

—¿Cómo se encuentra, mayor Zinnerman?

—Me he sentido como un pato el día de apertura de veda y con muchos cazadores novatos apuntándome con sus escopetas.

—Bueno, todo estaba perfectamente calculado. Confiaba en su pericia y veteranía y todo resultó bien. El centro del cuadrilátero de fuego tuvo las ondas destructoras compensadas y sólo usted se salvó. Las dos naves robiónicas se volatilizaron.

—Pues ya es un éxito. Poco a poco conseguimos bajas entre sus filas.

—Yo he perdido cinco kilos de peso en los últimos segundos del viaje —se lamentó Okono—. Como ya estoy delgado, será mejor que ningún perrito faldero se quede cerca de mí o me tomará por la tarta de huesitos de su cumpleaños, general.

—¿Usted es ese chalado al que llaman Okono Tanaka?

El japonés miró a Zinnerman interrogante, y éste puso cara de circunstancias.

—Sí, yo soy. ¿Dónde empiezo a trabajar? Supongo que estarán ansiosos por tener mi fórmula.

—Sí, cuanto antes mejor. Las naves ya han sido preparadas con depósitos especiales para ser cargados con ese líquido convertible en plástico gaseoso.

—General, estoy un poco fatigado. Cuando lo tengan lodo listo, me avisan —dijo Zinnerman.

El general miró a Okono Tanaka y preguntó:

—¿Cuánto tiempo tardaremos en obtener su fórmula?

—Tres o cuatro días.

—Entonces, mayor Zinnerman, tiene tres días de permiso.

—Se agradecen, general. Después de todo, nada puedo hacer ahora. Ya me he enterado de la matanza que hubo en la batalla del

espacio.

—Sí, fue horrible y con un principio tan brillante que habíamos tenido gracias a su pericia y puntería, mayor, pero ya ve, se torcieron las cosas.

—¿Piensa seguir bombardeando el espacio con bombas nucleares?

—Salvo que sea absolutamente necesario, no, es peligroso. Podría romper el equilibrio atmosférico.

—Bien. Cuando dispare cuatro bombas nucleares más, no me tome a mí por blanco de nuevo. En cuanto a las muñecas robiónicas, ya estarán computando que no son tan invencibles como pensaban.

—Sí, pero me gustaría saber qué es lo que están tramando ahora y de cuántas naves disponen.

—Lo que me gustaría saber a mí es dónde se esconden. Buenos días, general Rommel. Suerte, Okono. Por cierto, general, ¿qué sabe de la doctora Dumella?

—No sé nada. Si no está en el laboratorio, la encontrará en su *cottage,* supongo.

—Gracias.

En el propio astropuerto de la Belic-Mundi-Federal, tomó un autotaxi y dio la dirección de Ava Dumella. Si no la encontraba en su *cottage,* la esperaría.

El autotaxi le dejó frente a la puerta de la casita.

Zinnerman pagó y le vio alejarse. Después, cruzó los parterres de bien cuidada hierba y llamó al timbre.

Cuando la puerta se abrió, descubrió el rostro sonriente de Ava Dumella que le miraba con sus grandes ojos oscuros.

—Zinnerman, estaba segura de que vendrías.

El hombre tuvo una sensación rara, algo inexplicable que no supo qué era. Luego, preguntó:

—¿No habíamos quedado en que me llamarías Adam y yo a ti Ava?

—Disculpa, las emociones. Pasa, pasa.

Adam se acercó a ella. La tomó por el talle y la atrajo hacia sí. Buscó la boca femenina para besarla y ella le rehuyó con pudor.

—Por favor, Adam, no tan aprisa.

El hombre se introdujo en el *cottage.* Observándolo, opinó:

—Un agradable rincón.

—¿Te gusta? —inquirió ella mirándole y cerrando la puerta.

—Sí, es agradable. Tengo tres días de permiso y...

—¿Deseas quedarte aquí, conmigo?

—¿Por qué no? ¿Me preparas un trago?

—¿Qué quieres beber?

—Un whisky con «meteoritos».

—Ahora te lo preparo.

Poco después, la fémina regresaba con un vaso alto, lleno hasta la mitad con aquella bebida que brillaba a la luz que penetraba por la ventana.

—¿Tú no tomas nada? —preguntó él mirándola a los ojos.

—No, no tengo sed ahora.

El la tomó por la cintura y la sentó sobre sus rodillas, pues se había acomodado en el sofá.

—Estate quieto —pidió ella, molesta.

—Vamos, bebe. Por cierto, tienes los ojos más grandes; por lo menos a mí me lo parecen.

—Déjame —pidió ella, que vestía una suave y atrayente ropa semitransparente.

Adam le acercó el vaso a la boca, sujetándola como pudo. Intentó hacerla beber, pero ella apretó los labios para impedir que el líquido entrara en el interior de su cuerpo.

—¿Qué te pasa, Ava, acaso temes que te siente mal? Es muy raro que no parpadees, ¿no?

Un brazo de la supuesta Ava Dumella giró en el aire y

Zinnerman recibió tal codazo en el rostro que quedó medio aturdido.

La mujer quiso desprenderse de Adam B. Zinnerman, pero éste, pese al brutal golpe recibido, no la soltó y trató de agarrarla por el cuello.

—¡Eres una robiónica, maldita! ¿Dónde está Ava, dónde está?

Zinnerman constató entonces que la supuesta fragilidad de aquellas bellezas nada tenía de real. Tras la cobertura de látex que les daba aspecto morfológico, había acero.

Hubo lucha y Zinnerman comenzó a llevarse la peor parte en los golpes, hasta que comprendió que debía de emplear la especialidad de la lucha oriental para sorprender a la robiónica.

Así, de un talonazo en el mentón, le hizo perder el equilibrio y la derribó. Después, saltó sobre ella tratando de sujetarla.

—¿Dónde está Ava, dónde está la doctora Dumella?

Ella estiró sus manos hacia arriba y le apresó el cuello, comenzando a asfixiarlo. Las manos de la robiónica de aplastante belleza eran auténticas tenazas.

Oprimirle el cuello a la muñeca no era efectivo, Adam lo sabía. Ella no respiraba como un humano y decidió jugarse el todo por el todo.

Dio un fortísimo y seco puñetazo a la robiónica que era la viva imagen de Ava y sólo utilizando a la propia doctora para confeccionar el molde habían podido obtener tan perfecto parecido.

La muñeca se descontroló. El golpe debía haber descompuesto su cerebro biónico, aunque sus manos seguían atenazando el cuello del hombre, que sangraba ligeramente.

Zinnerman comenzó a estirarlas hacia abajo para liberarse de ellas y, cuando lo consiguió, vio delante de él a dos robiónicas más que le miraban fijamente con aquellos ojos artificiales que no parpadeaban.

—¡Demonios de muñecas!

Recibió un fuerte golpe en la base de la nuca, tras él había otras dos. No tuvo tiempo de verlas antes de perder el conocimiento y quedar a merced de aquellas muñecas tan perfectas que trataban de apoderarse del planeta como castigo máximo a la soberbia del hombre

por haberlas creado.

CAPITULO XII

Adam B. Zinnerman se despertó con náuseas. Se movió y escuchó un ruido metálico que le obligó a abrir los ojos.

—¡Adam, Adam! ¿Te encuentras bien?

Aquella voz dulce y serena a la vez, dentro de la angustia, le obligó a volver la cabeza, descubriendo a quien le llamaba.

—¡Ava!

—Adam, temí que no recobraras el conocimiento.

Zinnerman descubrió entonces una realidad muy amarga. Ava Dumella, que estaba cerca de él, con el cabello suelto y el cansancio reflejado en el rostro, lo que no mermaba su belleza, tenía una argolla de brillante metal alrededor del cuello.

De la argolla partía una cadena de gruesos eslabones que terminaba en otra anilla que pendía de una pared lisa de concreto, difícilmente atacable con un cincel.

Tendió la mano hacia Ava, pero él también tenía aquella argolla cerrada en torno a su cuello, sujetándole a la pared e impidiéndole trasladarse, como le habría pasado a cualquier perro atado junto a su caseta.

Zinnerman se molestó. Tiró de la cadena agarrándola con ambas manos, colocando incluso las plantas de sus pies contra la pared de hormigón, pero resultaron inútiles sus esfuerzos.

—Es inútil, Adam, estamos encadenados a la pared.

Adam volvió la cabeza y vio un túmulo de granito negro azulado y pulimentado. Sobre él yacía una de las robiónicas, inmóvil.

—¿Qué hace ahí esa muñeca?

—Creo que es la original, la que inició la reproducción y que se utilizó a sí misma como molde para hacer las otras criaturas.

—¿La reina de las robiónicas?

—Algo así, y parece que no funciona bien.

—¿Está dañada?

—No lo sé. El profesor Herbert Schneider la ha estado manipulando en varias ocasiones.

—¿Ese loco está aquí?

—Sí.

—¿Sin cadena o con cadena, como nosotros?

—Sin cadena.

—Parece que hemos cambiado los papeles. El loco suelto y los cuerdos, si es que lo estamos, bien sujetos.

—Ellas confían en el profesor Schneider, quizá no sepan muy bien lo que es una psicopatía humana. Para ellas, el viejo es el creador de su especie de seres artificiales.

Su diálogo fue cortado por la entrada de Schneider en la amplia sala climatizada y con luces indirectas, pero sin ninguna clase de arte, sólo paredes lisas y desnudas.

Aquellas muñecas robiónicas no precisaban arte.

La pareja lo observó con atención. El viejo caminaba ensimismado y sin seguir una línea recta. De él se hubiera podido decir que estaba ebrio o que ya no le funcionaba muy bien el cerebro.

Sus dedos se movían, abriéndose y cerrándose como si fuera una vieja analfabeta haciendo cuentas.

—¡Profesor Schneider!

El neurótico inventor de las muñecas robiónicas pareció despertar de su ensimismamiento y miró hacia ellos con aire desconcertado.

—¿Es a mí?

—Sí. Usted es el profesor Schneider, ¿verdad? —le preguntó Zinnerman tratando de dar naturalidad a sus palabras pese a la argolla que aprisionaba su cuello.

—Sí, claro, yo soy. ¿Qué quieren de mí?

—¿Qué le pasa a ella?

—¿Se refieren a Princesa?

Ava miró a Zinnerman y éste le devolvió la mirada de reojo. Por lo menos, ahora sabían cómo la llamaba.

—Sí, Princesa. Ella es la que usted creó, ¿verdad?

—Sí, sí. Yo la creé y ella fue capaz de reproducirse por sí sola. Es prodigioso, ¿verdad?

—Sí prodigioso, hizo usted una obra maestra, la más espectacular de toda la historia de la humanidad. Creó una muñeca bella, capaz de autorreproducirse

—Yo creía que se había quemado y fue ella, ella, quien preparó el incendio para desaparecer. ¿Se imaginan? Lo había programado todo. Luego, se presentó ante una liga de damas empresarias del mundo internacional y les explicó no sé qué planes de fabricación. Logró créditos y comenzó a trabajar. Ofrecía diversos productos al mercado, pero al mismo tiempo copiaba las piezas de su propio mecanismo sin decir nada a nadie y así obtuvo las primeras reproducciones de sí misma, colaboradoras que luego la ayudaron a agrandar sus factorías. Se independizó de las demás y así prosperó. Sin saberlo, le otorgué un cerebro biónico excepcional.

—Sí, ya nos hemos dado cuenta de ello, profesor Schneider —aceptó Adam siguiéndole la corriente, como si no tuviera importancia que tanto él como la doctora estuvieran encadenados.

—Lo malo es que Princesa se muere.

—¿Se muere?

La voz de Ava era preocupada.

—Sí, se muere, su cerebro ha envejecido.

Zinnerman, consciente de que aquel viejo sabio estaba neurótico y con regresiones mentales, que en cualquier momento podía convertirse en un ser totalmente infantilizado, prefirió no decirle que las robiónicas no habían utilizado neuronas de delfín como él había hecho con la primera muñeca, sino neuronas cerebrales de niños. Tenía que actuar psicológicamente si quería conseguir algo efectivo.

—¿Y por qué se muere Princesa?

—Su cerebro biónico se ha agotado y envejecido. Su cuerpo es eternamente joven debido a la materia que lo compone, no ocurre como con los seres humanos. Ella no puede tener arrugas, siempre será fisonómicamente perfecta, pero sus mecanismos interiores, qué

pena —suspiró.

—¿Y va a dejar que muera?

—Ellas no quieren que muera, es su princesa también. Me han traído aquí para que la haga vivir eternamente, aunque ya no es ella quien lo programa todo. Lo que Princesa ha creado se basta a sí mismo. Ha sido una locura para mí ver a tantas muñecas y con sus naves.

—¿Y qué piensa hacer para evitar la muerte por envejecimiento de sus neuronas?

A la pregunta de Ava, el profesor Herbert Schneider vaciló.

—Algo que no me gusta, que me repugna. Va contra mi forma de ser, pero ellas lo exigen.

—Dígalo —pidió Zinnerman.

—Se refiere a usted.

—¿A mí? —se asombró Zinnerman.

—Ellas han llegado a la conclusión computada de que sólo un ser las ha vencido, un ser más perfecto que ellas.

—¿Y ese ser soy yo?

—Sí, usted. Tiene una astucia que a ellas les está vedada, pues actúan por computación y programación. No son intuitivas.

—No querrán quitarle el cerebro al mayor Zinnerman para colocárselo a esa muñeca, ¿verdad? Es absurdo.

—Doctora, parece absurdo, pero ellas lo quieren así. Después de todo, el cerebro biónico de Princesa está agotado, inservible. Tendré que extirpárselo y quedará inerte hasta que coloque otro en su lugar.

—Pero aunque mi cerebro quedara dentro del cráneo artificial de esa muñeca, seguiría siendo yo.

—Ya lo sé, es todo un problema, pero ellas no lo comprenden. Usted ya posee una memoria propia y los cerebros deben de ser modificados en muchos aspectos. Un cerebro normal humano no sirve para ellas, ha de sufrir una serie de transformaciones y en esas transformaciones se perdería todo lo que usted posee de valioso.

—Yo tengo una idea —dijo Adam.

—¿Cuál? —preguntó Schneider interesado.

—Tengo un amigo japonés, es un sabio como usted, capaz de los más raros inventos.

—¿Y en qué me podría ayudar él?

—Ha conseguido evolucionar una especie de delfines perfecta. Tiene una clave de comunicación entre la voz humana y la percepción de los delfines.

Ava miró a Adam parpadeante. No le había creído capaz de tantos embustes, pero no le interrumpió. Se daba cuenta de que pretendía algo, de que se había trazado un plan en su mente.

—¿Habla de delfines muy inteligentes?

—Sí. Yo podría comunicar al más inteligente de esos delfines lo más interesante que yo sé y, luego, el cerebro de él podría ser colocado en el cráneo de Princesa, una vez tratado con el polvillo de aleación metálica.

—Eso me parecería muy bien, pero no sé si a ellas les agradaría el plan. Son aterradoramente metódicas. No tienen las vacilaciones, impulsos ni sentimientos de nosotros los humanos.

—Sí, es cierto y para ayudarlas no tiene que exponerles cuál es su plan.

—¿Y cuál es mi plan? —se asombró el viejo.

—Yo opino que si le traigo a mi amigo con un par de delfines para darle el mejor de los cerebros biónicos a Princesa, luego lo querrán a usted como a su creador que es.

—Dígame dónde está su amigo y haré que lo traigan.

—No vendrá, necesito convencerle yo. Usted sáquenos de aquí y luego volveremos.

—¿Y si no vuelven?

—Palabra de honor que vuelvo.

—¿Con el delfín?

—Sí, con el delfín.

—Pero si ellas se dan cuenta de que han escapado, pueden

castigarme.

—¿A usted, a su creador? Vamos, profesor, usted es como su dios y ha de revivir a Princesa.

El profesor vaciló; bajó la cabeza, dio una vuelta sobre sí mismo como un niño titubeante y se dispuso a alejarse con pasitos cortos e inseguros.

De lo más hondo del cuerpo de Ava Dumella brotó una llamada de angustia.

—¡Profesor Schneider!

El viejo se alejó sin volver la cabeza y desapareció de la sala, dejándoles con aquella princesa moribunda por envejecimiento de su cerebro biónico.

—Adam, estamos perdidos —gimió—. Ese loco es capaz de extirparnos el cerebro para colocarlo en esas máquinas infernales.

—No desesperes, saldremos de aquí.

—¿Cómo, cómo?

El profesor Schneider regresó al poco, portando en su mano un cilindrito brillante. Era un lápiz bisturí láser.

Ava y Adam se miraron entre sí. No podían creerlo, el profesor Schneider había caído en la trampa tendida por Zinnerman como si de un niño se tratara, porque la proposición había sido de lo más ingenua.

Pero Adam Zinnerman había contado con la neuropatía regresiva que padecía el profesor.

—Les haré marchar, pero tiene que volver pronto con el delfín.

—Sí, profesor, pero corte, corte ya nuestras cadenas —le apresuró Ava Dumella.

—Sólo se irá él, usted se quedará aquí hasta que él regrese —advirtió el profesor.

—¿Quedarme yo aquí? —preguntó la joven, asustada.

Zinnerman se apresuró a aceptar.

—Claro que sí, Ava se quedará con ustedes y será la garantía de

que yo regresaré.

Ava le miró entre desconcertada e incrédula. ¿Sería capaz de dejarla allí, encadenada por el cuello y en manos de las robiónicas?

El profesor Schneider cortó la cadena con el lápiz láser.

La argolla metálica continuaba alrededor del cuello del mayor Zinnerman, pero respiró hondo. De pronto, con el antebrazo, golpeó el rostro del neurótico profesor culpable de toda aquella situación en que se hallaba la humanidad por la locura de haber creado aquellos monstruos agraciados.

El profesor trastabilló. Zinnerman le arrebató el láser y le asestó un puñetazo que lo envió al piso, dejándolo aturdido.

—Adam, quítame esta cadena —suplicó Ava.

—Claro que sí. ¿Habías pensado que te dejaría aquí?

—Dios mío, por un momento sí.

—Vamos, pronto nos largaremos de aquí.

Con el fino pero poderosísimo rayo láser, cortó la brillante cadena de Ava, aunque lo mismo que a él, le quedó la argolla a modo de collar.

—No se marcharán —dijo de pronto una voz que conocían pero desconocida a la vez.

Princesa se había sentado sobre el túmulo de granito negro azulado.

—¡Princesa, me han engañado! —gritó el profesor.

—Son humanos —replicó ella a la llamada de Schneider.

Zinnerman corrió hacia Princesa. Cuando ella tendía hacia él aquellas manos engañosamente frágiles pero que encerraban tenazas en su interior, Zinnerman le disparó el láser al rostro y la muñeca robiónica se incendió.

No hubo gritos ni dolor en ella mientras se convertía en una pira. Era algo horrible, y Ava quedó como aturdida ante la situación. Aquel ser era casi humano y, sin embargo, no lo era.

Zinnerman la cogió por la mano y tiró de ella para alejarse por la puerta.

—¡No podréis escapar, el mundo será de ellas! ¡Princesa, Princesa! —Schneider se arrastró gimoteando hacia la muñeca que ardía.

De pronto, explotó y la onda expansiva alcanzó al profesor, que sucumbió con su muñeca.

Adam y Ava corrieron por los túneles.

Adam tuvo que destruir a otra de las muñecas robiónicas que les salió al paso y consiguieron llegar a un hangar.

—Esto es un volcán abandonado y acondicionado. Los túneles son chimeneas del volcán.

—¿Y dónde estaremos?

—Lo ignoramos —dijo Zinnerman tirando de su mano.

Consiguieron llegar a un hangar donde se almacenaban un montón de naves. Zinnerman evitó ser visto por las muñecas que allí vigilaban y escogió una de las naves que se hallaba más cerca de la salida del hangar.

—Entremos.

—Pero no sabrás conducirla.

—Sí, estudié los planos de la nave capturada.

Zinnerman y Ava penetraron en la nave. El mayor necesitó poco tiempo para ponerla en marcha y se lanzó a toda velocidad, sorprendiéndolas.

Hubo una ligera persecución. Zinnerman replicó con fuego de los ultra-electro-shocks, derribando dos naves antes de alejarse.

—¡Hemos escapado, Adam, hemos escapado!

—Sí y ahora sé muy bien dónde está este volcán; esto es Islandia, ya he trazado las coordenadas. Hay que avisar cuanto antes al general Rommel.

CAPITULO XIII

Zinnerman se había telecomunicado con la base de la Belic-Mundi-Federal y tomó tierra en su astródromo. Todos les recibieron con expectación y les faltó tiempo para explicar su aventura.

—Magnífico, es ya una gran suerte conocer su escondrijo —dijo Maclosky.

—Sí, ha hecho usted un buen trabajo y merece que le quiten ese collar, lo mismo que a usted, doctora.

—Ya tengo ganas de que me lo quiten —suspiró ella.

—General, ¿cuál es el plan que debemos de seguir?

—Señor Maclosky, creo que el más indicado, por conocer el lugar, es el mayor Zinnerman.

—Bien, mayor Zinnerman. ¿Qué opina usted?

—Tengo un plan, pero se ha de poner en marcha inmediatamente.

—Usted dirá.

—Debemos establecer un férreo cordón aéreo en derredor de Islandia para que no escapen.

—¿Y luego?

—¿Cuánta materia para hacer nubes gaseosas han fabricado ya?

—La fórmula era más sencilla de lo que suponíamos. Su amigo Okono Tanaka es un tipo raro, pero muy ingenioso —dijo Maclosky.

—Bien, pues carguen todas las naves posibles con esa materia y luego, en la panza de esta nave robiónica en la que he venido, carguen una bomba termonuclear de alta potencia.

—¿Qué radio quiere destruir?

—El máximo posible. Pueden efectuar una llamada general a Islandia para que la abandonen.

—Se hará como usted dice, mayor, pero me temo que esas

muñecas robiónicas se van a poner furiosas.

—Sí, vigilen bien el astropuerto, podrían venir a atacarnos.

Cinco horas más tarde, en buques y naves aéreas, Islandia era abandonada masivamente.

La bomba nuclear de gran potencia fue adherida a la panza de la nave mediante unas grandes tenazas, accionadas con un pulsador electrónico.

—¿Todo preparado?

—Sí, mayor Zinnerman.

—Pues adelante, ya saben cuál es el objetivo.

Ava Dumella saludó con la mano a Zinnerman y éste respondió lanzándole un beso con la palma de su mano. Quiso decirle «volveré a por ti, encanto», pero su voz no podía llegar hasta ella, se hallaba demasiado lejos.

La nave robada a las muñecas robiónicas se puso en marcha como punta de lanza de una flotilla aérea de cien U.P.I.-1.001 que la siguieron.

Las naves robiónicas les salieron al encuentro desde el interior del cráter del volcán. Zinnerman abatió a las dos primeras, lo que envalentonó a los demás pilotos de combate. Sin embargo, varios de ellos cayeron, convertidos en bolas de fuego.

Adam B. Zinnerman tomó el telecomunicador de la nave que pilotaba, que había sido adaptado para intercomunicarse con las U.P.I.-1.001 y dio la orden:

—Suelten todas las nubes gaseosas sobre el cráter del volcán antes de que puedan salir de su interior, es como un avispero.

Suicidamente, una docena de naves U.P.I.-1.001 se lanzaron hacia el cráter del volcán mientras otras naves robiónicas presentaban batalla, pero por la escasa distancia a que se hallaban, eran visibles al ojo humano.

Fueron bombardeadas con cañones convencionales de gran velocidad, guiados por el goniómetro óptico.

Las nubes se formaron sobre el cráter. De pronto, una de las naves robiónicas intentó regresar, quizá para repostar. Al cruzar la

nube de plástico gaseoso, con su emanación térmica, solidificó toda la nube gaseosa, taponando por completo el cráter del volcán e impidiendo cualquier salida.

—¡Persigan a las que quedan y lárguense ahora mismo de aquí, esto se queda para mí! —advirtió el mayor Zinnerman.

Adam ascendió en espiral.

Se colocó sobre la vertical del cráter taponado y soltó la bomba nuclear de gran potencia, que por la velocidad de caída y su gran peso, perforó en parte el tapón de plástico esponjoso.

La nave de Adam Zinnerman fue zarandeada mientras se alejaba a gran velocidad y toda la tierra de Islandia rugió. Ascendió al cielo la gigantesca seta ígnea y todo el suelo se rajó.

Aquel gigante dormido durante milenios que era el volcán, despertó anegando todos los túneles y chimeneas con su lava, fundiéndolo todo a su paso. El mar hirvió en derredor de Islandia.

EPILOGO

—En nombre del Comité Mundi-Federal, se le asciende al grado de coronel —dijo Maclosky con solemnidad.

—Gracias, gracias. Creo que ahora sí necesito unas vacaciones.

Ava Dumella se le acercó, cogiéndole por el brazo.

—Vacaciones conmigo.

—Bueno, creo que debemos darles la enhorabuena por su unión —dijo el general Rommel, efusivo.

—Nunca creí que podría casarme con una mujer capaz de despanzurrar a otra en vivo —confesó Zinnerman.

—Si era una muñeca robiónica, Adam.

—Sí, pero en aquellos momentos yo no lo sabía. Por cierto, general Rommel, ¿se ha descubierto alguna otra nave robiónica por el cielo?

—No, pero debemos de permanecer atentos, quizá haya quedado alguna en algún lugar desconocido. Ignoramos cuántas eran y sabemos que no todas estaban en el cráter.

—Lo malo es ese poder que tienen de autorreproducirse —dijo Ava Dumella.

—Sí, pero ahora ya las conocemos y también sus sistemas. Si aparecen de nuevo, las combatiremos. En adelante, si a usted no le parece mal, señor Maclosky, este centro de pilotos de combate astronáuticos estará siempre alerta para evitar una nueva amenaza de destrucción de la humanidad por seres extraños —dijo el general Rommel.

—Después de lo que ha sucedido, descuide, tendrá las subvenciones precisas para mejorar su material y tener perfeccionados todos los sistemas de alerta.

—Yo ya he descubierto el mejor sistema de alerta —dijo una voz que les sorprendió.

Por el final de la sala apareció Okono Tanaka con varios ayudantes y dos carritos con ruedas.

En uno llevaba una complicada caja electrónica de la que partían unos cables que terminaban en unos finos electrodos conectados a un pequeño casco encajado al cráneo de un águila calva que miraba en derredor, preocupada.

—¿Qué es eso, Tanaka? —preguntó Zinnerman.

—Si hay que descubrir al enemigo ópticamente, nada mejor que la mirada aguda de un águila calva, que posee una vista muy superior a la humana. Estos electrodos conectados a este pequeño electroencefalograma nos darán los resultados en el acto de lo que el águila esté viendo, sin necesidad de que hable; es decir, una comunicación directa entre los ojos del águila y el hombre a través de este aparato.

—Señor Maclosky, creo que mi amigo «chalado» ha inventado algo interesante, aunque un poco tarde. No obstante, vigilen bien sus inventos, no vaya a hacer como Herbert Schneider y nos construya unos nuevos monstruos como las muñecas robiónicas.

Se escucharon unas risitas mientras el japonés observaba ensimismado a su águila calva con el cráneo lleno de electrodos.

Por más vigilancia que se tomara, siempre aparecerían sabios al borde de la locura y capaces de convertir al mundo en un infierno mientras creían que sólo llevaban a la práctica un frustrado deseo infantil.

FIN